

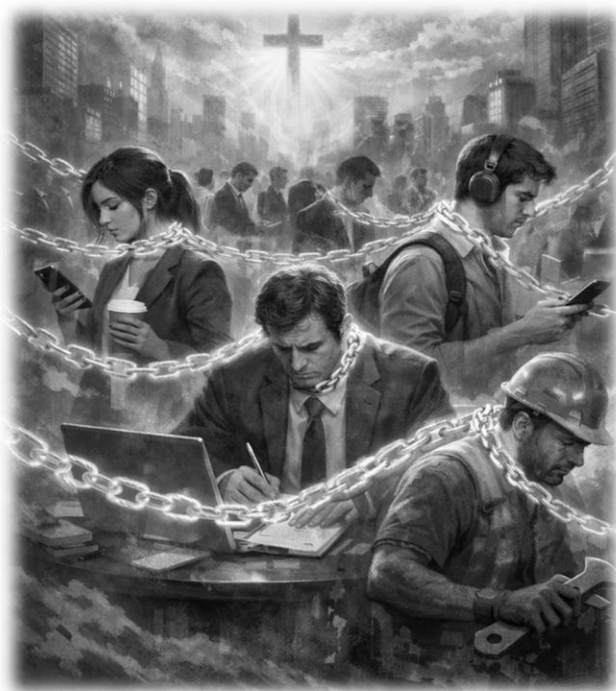
# ESCLAVOS

— DEL SISTEMA —



OSVALDO REBOLLEDA

# ESCLAVOS DEL SISTEMA



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>PARTE I: El engaño invisible.</b>	
Capítulo uno:	
<b>La esclavitud que no se percibe.....</b>	<b>12</b>
Capítulo dos:	
<b>El sistema como formador de mentalidad.....</b>	<b>18</b>
Capítulo tres:	
<b>Ocupados... pero no libres.....</b>	<b>24</b>
<b>PARTE II: Los lazos del sistema.</b>	
Capítulo cuatro:	
<b>El consumismo como idolatría moderna .....</b>	<b>30</b>
Capítulo cinco:	
<b>El afán y la ansiedad como estilo de vida.....</b>	<b>35</b>
Capítulo seis:	
<b>La trampa del éxito y la productividad.....</b>	<b>40</b>
Capítulo siete:	
<b>La cultura del cansancio permanente.....</b>	<b>46</b>
<b>PARTE III: El corazón atrapado.</b>	
Capítulo ocho:	
<b>Cuando no hay tiempo para Dios.....</b>	<b>53</b>
Capítulo nueve:	
<b>Justificaciones espirituales.....</b>	<b>58</b>
Capítulo diez:	
<b>Normalización de la sequedad.....</b>	<b>63</b>

**PARTE IV: El despertar espiritual.**

Capítulo once:  
**Discerniendo el sistema**.....69

Capítulo doce:  
**Rompiendo acuerdos internos** .....74

Capítulo trece:  
**Honrando el señorío de Cristo**.....80

**PARTE V: La verdadera libertad.**

Capítulo catorce:  
**Redimiendo el tiempo**.....86

Capítulo quince:  
**Viviendo con prioridades de Reino**.....92

Capítulo dieciséis:  
**Una vida libre en medio del sistema**.....97

**Conclusión** .....102

**Reconocimientos**.....105

**Sobre el autor**.....107



# INTRODUCCIÓN

***“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.”***

Hebreos 3:12

Hay esclavitudes que duelen, y por eso se reconocen. Hay otras, sin embargo, que no lastiman a simple vista, que no aprietan la piel ni dejan marcas visibles, pero que avanzan silenciosamente hasta dominar el corazón. Son más peligrosas, porque no generan resistencia. Se instalan sin ser detectadas. Se normalizan. Y con el tiempo, incluso se justifican.

Vivimos en una generación que habla constantemente de libertad. Libertad para elegir, para expresarse, para construir su propio camino. Pero, paradójicamente, nunca el hombre estuvo tan condicionado, tan moldeado, tan dirigido por fuerzas invisibles que determinan cómo piensa, qué desea y cómo vive. Se proclama libre, pero no siempre lo es. Decide, pero muchas veces dentro de un margen que ya fue diseñado por otros.

Jesús dijo: ***“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)***. No dijo que la libertad vendría por el conocimiento, sino por la verdad. Y eso marca una diferencia profunda. Porque se puede saber mucho y, aun así,

vivir atados. Se puede tener información, incluso bíblica, y seguir esclavizados en áreas donde la verdad aún no ha sido revelada ni aplicada.

El problema no es solamente la esclavitud. El problema es no reconocer la sutil perversión del sistema en el que vivimos hoy en día.

Este libro nace desde esa carga. No pretende señalar sistemas externos como si fueran los únicos responsables, ni generar una postura de rechazo superficial hacia el mundo. El asunto es más profundo. Existe una manera de pensar, una forma de vivir, una estructura invisible que opera constantemente moldeando al ser humano.

Esta estructura cultural, no necesita cadenas físicas, porque trabaja desde adentro. Forma hábitos, establece prioridades, define ritmos, instala deseos. Y lo hace de tal manera que muchas veces el creyente no lo percibe como una amenaza, sino como algo normal.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad al escribir: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2)***. Esa palabra “conformarse” implica ser moldeado desde afuera, adaptarse a una forma que no nació en Dios. Es un proceso silencioso, progresivo, casi imperceptible. Nadie se da cuenta en qué momento comenzó a pensar distinto, a priorizar distinto, a vivir distinto.

Simplemente sucede. Y ahí es donde se vuelve necesario detenerse.

No todo lo que parece normal es sano. No todo lo que es aceptado es correcto. No todo lo que es común es parte del diseño de Dios. Hay estilos de vida que se han vuelto habituales, pero que lentamente enfrían el corazón, desgastan la fe y debilitan la comunión con el Señor.

El autor a los Hebreos nos advierte de no cultivar un corazón malo de incredulidad, un corazón capaz de apartarse del Dios vivo. Este apartarse no siempre es abrupto. Muchas veces es gradual. No comienza con una decisión radical, sino con pequeñas adaptaciones, con leves concesiones, con ajustes que parecen inofensivos, pero que van desplazando lo esencial.

Este libro no es una crítica al sistema social. Es un llamado espiritual a los santos, para no dejarnos atrapar por las trampas del afán. No busca generar culpa, sino despertar conciencia. No pretende condenar, sino alumbrar. Porque nadie puede salir de una esclavitud que no reconoce. Y nadie pelea contra aquello que no logra discernir.

Hay creyentes que aman a Dios, que desean vivir para Él, pero que sin darse cuenta han sido absorbidos por un ritmo, por una lógica, por un sistema que termina gobernando su vida diaria. No han negado a Cristo con sus palabras, pero en la práctica muchas decisiones ya no nacen de Su señorío.

***“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”***

Lucas 6:46

Esa pregunta sigue vigente. No como una acusación, sino como una invitación a revisar la autenticidad de nuestra fe. Porque el verdadero problema no es externo, es interno. No es solamente lo que el sistema propone, sino lo que el corazón acepta. No es únicamente la presión de afuera, sino la falta de discernimiento adentro. Y aquí se vuelve necesario ser sinceros.

Se puede asistir a la iglesia y, al mismo tiempo, vivir gobernados por otras prioridades. Se puede servir en el ministerio y, aun así, estar atrapados en dinámicas que desgastan el alma. Se puede hablar de Dios, pero haber perdido la intimidad con Él. Nada de eso ocurre de un día para otro. Es el resultado de un proceso.

Un proceso silencioso, un proceso que este libro quiere exponer, no para señalar a nadie en particular. Ni siquiera al sistema en sí, porque es lógico que su estructura sea diabólica. Ciertamente no necesitamos esas obviedades, lo que deseo es ayudar a todos mis hermanos, para que puedan ver la realidad espiritual que nos rodea. Porque, cuando los ojos se abren, comienza la verdadera libertad.

Jesús también dijo: ***“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36)***. Hay una libertad que es real, profunda, transformadora. Pero no es automática ni

superficial. Requiere rendición. Requiere verdad. Requiere decisión, y personalmente creo que estamos a las puertas de decisiones que son absolutamente necesarias.

A lo largo de estas páginas no van a encontrar simplemente conceptos, sino un recorrido. Un camino que comienza con el reconocimiento de lo que muchas veces no queremos ver, que atraviesa la confrontación de aquello que se ha instalado en nosotros, y que conduce hacia una vida verdaderamente libre, no fuera del sistema, sino en medio de él, pero sin ser dominados por él.

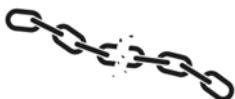
Porque el propósito de Dios nunca fue aislarnos del mundo, sino enseñarnos a vivir en él sin perder nuestra esencia, sin negociar nuestra fe, sin ceder nuestro corazón. De hecho, Jesús dijo: ***“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:15 y 16).*** Esa es la diferencia. No es geográfica. Es espiritual.

Este libro es una invitación a detenernos, a observar, a discernir y, sobre todo, a permitir que Dios examine profundamente nuestro interior. No para exponernos delante de otros, sino para restaurarnos delante de Él.

Tal vez alguien pueda descubrir algunas cosas que nunca ha visto. Tal vez el Espíritu Santo les muestre áreas que necesitan ser ajustadas. Tal vez sientan incomodidad en algunos momentos. Pero si eso ocurre, solo es para conducirlos a una libertad más plena. Porque la peor

esclavitud no es la que oprime... es la que pretende convencernos de que somos libres mientras procura gobernarnos en silencio.

Y cuando eso se rompe, comienza algo mucho más grande que un cambio externo. Comienza una vida verdaderamente rendida. Comienza la libertad del Reino.



PARTE I

**EL ENGAÑO  
INVISIBLE**

## Capítulo uno

# **LA ESCLAVITUD QUE NO SE PERCIBE**

*“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte.”*

Proverbios 14:12

No toda esclavitud se reconoce a simple vista. De hecho, las más peligrosas son aquellas que no generan incomodidad inmediata, las que no despiertan alarma, las que no se sienten como opresión sino como parte natural de la vida. Son esclavitudes que no se imponen por la fuerza, sino que se incorporan lentamente, hasta volverse parte del pensamiento, de las decisiones y de la manera de vivir.

El ser humano tiene la capacidad de adaptarse a casi todo. Y eso, que en algunos contextos puede ser una fortaleza, en otros se vuelve una trampa. Porque también puede acostumbrarse a vivir atado sin cuestionarlo. Puede normalizar ritmos que lo desgastan, prioridades que lo alejan de Dios y hábitos que, sin ser escandalosos, van debilitando su vida espiritual.

Jesús habló con claridad a personas que no se consideraban esclavas. Les dijo: ***“Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”*** (Juan 8:34). Aquellos que lo escuchaban no entendieron sus palabras, porque su referencia de esclavitud era externa, visible, evidente. No podían concebir que alguien pudiera estar atado sin cadenas, dominado sin ser forzado, sometido sin darse cuenta, y sin embargo, esa es la condición más común de los seres humanos hoy en día.

La esclavitud invisible no comienza con grandes decisiones equivocadas, sino con pequeños desvíos que parecen inofensivos. No se instala de golpe, sino progresivamente. No interrumpe la vida de forma abrupta, sino que se mezcla con ella, se disfraza de responsabilidad, de compromiso, de necesidad. Y en ese proceso, lo que debería ser central comienza a desplazarse.

No se trata necesariamente de abandonar la fe, sino de perder la sensibilidad. No es dejar de creer en Dios, sino dejar de vivir conscientes de Su presencia. No es negar la verdad, sino empezar a vivir sin depender de ella.

El problema es que, cuando algo se vuelve habitual, deja de cuestionarse. Por eso, hay personas que viven agotadas, pero lo consideran normal. Que viven apuradas, pero creen que es inevitable. Que han perdido la paz, pero lo justifican como parte de la vida adulta. Y sin darse cuenta, han aceptado una forma de vivir que no proviene del diseño de Dios.

El pueblo de Israel vivió esta experiencia de pareceres erróneos. Habían sido esclavos en Egipto durante años, oprimidos, forzados, limitados. Clamaron a Dios, y Dios los liberó con mano poderosa. Pero lo sorprendente es que, aun después de haber salido de Egipto, Egipto no salió de ellos. En medio del desierto, comenzaron a añorar lo que habían dejado atrás. Dijeron: ***“¿Quién nos diera comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde...”*** (Números 11:4 y 5).

Ciertamente habían sido liberados físicamente, pero su mente seguía atada al viejo sistema que los había esclavizado. Eso revela una verdad profunda: se puede salir de un lugar sin haber sido verdaderamente libre. Se puede cambiar de contexto, pero no de mentalidad. Se puede experimentar una intervención de Dios, pero aun así arrastrar estructuras internas que no han sido transformadas.

La esclavitud más difícil de romper no es la externa, sino la interna. Porque cuando la opresión es visible, se genera rechazo. Pero cuando es invisible, se genera aceptación. Y lo que se acepta, no se combate.

Por eso, uno de los mayores peligros en la vida del creyente no es el pecado evidente, sino la adaptación silenciosa. No es la rebeldía abierta, sino la conformidad disimulada. No es alejarse de Dios de manera radical, sino hacerlo lentamente, casi sin notarlo.

Un día se reduce el tiempo de intimidad. Otro día se priorizan otras cosas. Más adelante, la sensibilidad espiritual comienza a disminuir. Y cuando menos se espera, lo que antes era vital se vuelve opcional. Por supuesto, todo eso ocurre sin que haya una sensación clara de esclavitud.

Sansón es un ejemplo estremecedor de este proceso. Un hombre llamado por Dios, ungido, apartado, con un propósito claro. Pero poco a poco comenzó a ceder en áreas que parecían pequeñas. No fue un colapso inmediato, fue un desgaste progresivo. Hasta que llegó el momento en que se levantó, como tantas otras veces, sin saber que la presencia de Dios ya no estaba con él. ***“Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (Jueces 16:20).***

Esa frase es alarmante y ciertamente angustiante. Sansón no sabía, no percibió el momento en que perdió la unción del Señor. No hubo una señal externa evidente. Simplemente ocurrió. Y eso es precisamente lo que hace tan peligrosa la esclavitud invisible: no anuncia su llegada, no declara su avance, no advierte su dominio. Opera en silencio.

Por eso, esta no es una simple enseñanza, es un llamado a observar lo profundo de nuestro ser. No solamente lo externo, sino a examinar el corazón, para lo cual, debemos pedirle al Espíritu Santo que nos revele nuestra verdadera condición. Nosotros, al menos, debemos detenernos y preguntarnos con sinceridad: ¿Estamos viviendo realmente en libertad, o simplemente nos hemos acostumbrado a una forma de vida que ya no cuestionamos?

La verdadera libertad no se mide por la ausencia de límites, sino por la presencia del gobierno de Cristo. Se puede tener muchas opciones y, aun así, no ser libre. Se puede elegir entre múltiples caminos y, sin embargo, estar condicionado por deseos, presiones o estructuras que dirigen esas decisiones.

La libertad verdadera no es hacer lo que uno quiere, sino poder vivir conforme a lo que Dios diseñó, haciendo las cosas correctas. El apóstol Pablo exhortó a los gálatas escribiendo: ***“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”*** (Gálatas 5:1).

Ese ***“otra vez”*** es clave. Porque habla de personas que ya habían sido liberadas, pero que corrían el riesgo de volver a someterse. No por imposición externa, sino por descuido interno. La exhortación de Pablo está vinculada con la religión, pero el gran peligro de hoy es dejarnos atrapar por un sistema que cada vez es más despiadado de cara a los tiempos finales.

La esclavitud del sistema que rige el mundo actual, no se presenta con cadenas visibles o propuestas deshonestas. A veces solo lo hace en forma de hábitos, de ritmos, de prioridades que lentamente obligan a los cristianos a desplazar a Dios del centro de sus vidas. Y cuando eso sucede, todo puede parecer normal. Pero algo esencial se pierde y eso es lo que estamos notando en la Iglesia de hoy.

Ante esto, no pretendo dar respuestas rápidas, sino despertar preguntas profundas. No pretendo señalar desde afuera, sino invitar a mirar hacia adentro. Lo cual también procuro con temor reverente. Porque el inicio de la libertad no está en cambiar lo que hacemos, sino en reconocer lo que nos está gobernando sin que lo hayamos notado. Y cuando eso se revela, algo comienza a romperse, no por fuera, sino dentro de nuestro ser.

***“y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres...”***

Juan 8:32 NTV



## Capítulo dos

# **EL SISTEMA COMO FORMADOR DE MENTALIDAD**

*“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.”*

Romanos 12:2

El problema no comienza en lo que hacemos, sino en cómo pensamos, porque antes de que una conducta se manifieste ya fue concebida en la mente, y antes de que una decisión se ejecute ya fue procesada en el interior.

Es justamente en ese terreno donde el sistema encuentra su punto más efectivo de influencia, ya que no necesita imponerse desde afuera si logra formar desde adentro, moldeando silenciosamente la manera en que el ser humano interpreta la vida, define lo importante y establece sus prioridades.

La Escritura no se enfoca primero en modificar conductas externas, sino en transformar el entendimiento, por eso el apóstol Pablo exhorta diciendo que no debemos conformarnos al tiempo presente, sino que debemos

transformar nuestra manera de pensar. Esta declaración revela que la mayor batalla no es conductual, sino mental, porque una mente formada por el sistema inevitablemente producirá una vida alineada con él, aun cuando externamente se intente sostener una apariencia espiritual o una práctica religiosa.

Cuando hablamos del sistema no nos referimos únicamente a estructuras visibles como la economía, la cultura o la sociedad, sino a una red de pensamiento, a una lógica compartida que define lo que se considera valioso, urgente o deseable, y que se transmite constantemente.

Muchas veces lo hace sin palabras, lo hace a través de hábitos, modelos, expectativas y estilos de vida que se presentan como normales. Lo más complejo de todo esto es que el sistema no se presenta como un enemigo evidente ni como algo abiertamente opuesto a Dios, sino que muchas veces se mezcla, se adapta y se infiltra incluso en espacios donde aparentemente todo sigue siendo correcto.

Por esta razón, un creyente puede estar rodeado de contenido cristiano, participar activamente en la iglesia, servir en diferentes áreas y, sin embargo, tener una mentalidad formada por criterios que no nacieron en Dios. Esto sucede porque la formación de la mente no depende solamente de lo que se cree, sino también de lo que se consume, de lo que se escucha repetidamente, de lo que se observa con atención, de lo que se admira y de lo que se desea alcanzar.

Jesús lo expresó con claridad al decir: ***“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz”*** (Mateo 6:22), mostrando que aquello a lo que exponemos nuestra mirada termina influyendo directamente en nuestra vida interior. Si no logramos mirar correctamente el sistema, la misma oscuridad que lo gobierna intentará gobernar nuestro interior.

El sistema actúa con una sutileza notable, porque no necesita obligar, solo necesita exponer constantemente; no necesita convencer de manera directa, solo necesita instalar patrones que con el tiempo dejan de ser cuestionados y comienzan a gobernar.

De esta manera, se van estableciendo ideas que parecen completamente naturales, como pensar que el valor de una persona está determinado por lo que logra o por lo que tiene materialmente. Que el tiempo debe estar siempre ocupado, que descansar es perder, que tener más es estar mejor, o que la visibilidad es sinónimo de relevancia. Ninguna de estas ideas se presenta como doctrina formal, pero todas se absorben progresivamente hasta integrarse al pensamiento sin generar resistencia.

El verdadero problema no es solo que el sistema proponga estas ideas, sino que el corazón las adopte sin discernimiento, porque una vez que son aceptadas comienzan a influir en las decisiones, y lo que define decisiones termina definiendo destinos. Por eso Pablo advierte: ***“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas,***

***según las tradiciones de los hombres... y no según Cristo”*** (Colosenses 2:8), señalando que el peligro no está en engaños evidentes, sino en sutilezas que desvían el enfoque sin que la persona lo perciba con claridad.

El sistema no necesita que el creyente abandone a Cristo de manera explícita, le alcanza con que deje de pensar como Él, porque a partir de allí todo comienza a desalinearse de forma progresiva. Se puede seguir utilizando un lenguaje espiritual, pero con una lógica diferente; se puede hablar de fe, pero vivir con ansiedad; se puede mencionar a Dios, pero tomar decisiones impulsadas por la presión, la comparación o el temor. Este proceso no ocurre de un día para otro, sino que es el resultado de una formación constante, de un discipulado silencioso que opera de manera continua.

Así como el Reino de Dios forma discípulos de manera intencional, el sistema también lo hace, pero de forma permanente, sin pausas, sin interrupciones, a través de cada estímulo que rodea la vida cotidiana.

El sistema está presente en las pantallas, en las conversaciones, en los modelos de éxito que se presentan, en las expectativas que la sociedad establece, y su objetivo no es solo influir, sino moldear profundamente la manera de pensar.

Por eso la renovación de la mente no es un aspecto secundario de la vida cristiana, sino una necesidad vital, ya que no se trata de añadir pensamientos espirituales sobre una

estructura ya formada, sino de permitir que Dios transforme desde la raíz la manera en que se piensa, se interpreta y se valora.

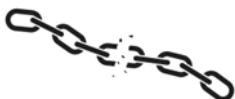
La Escritura lo expresa de manera contundente al decir: ***“Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7)***, mostrando que la vida que una persona vive es, en gran medida, el reflejo de lo que piensa. Si el pensamiento ha sido moldeado por el sistema, aun cuando exista un deseo sincero de agradar a Dios, siempre habrá tensiones internas, contradicciones y frustraciones, porque se intentará vivir conforme al Reino con una mentalidad que no fue diseñada para él.

En este punto se vuelve necesario detenerse con sinceridad, no para observar lo que ocurre en otros, sino para examinar el propio interior y preguntarse de dónde provienen realmente las prioridades, qué es lo que define las decisiones, qué genera urgencia, qué se considera éxito y qué es lo que se teme perder. Muchas de estas respuestas no nacieron en la presencia de Dios, sino en la exposición constante a un sistema que forma sin pedir permiso, y mientras esto no sea identificado, seguirá operando de manera silenciosa pero determinante.

La transformación que Dios busca no es superficial ni externa, sino profunda, comenzando por el entendimiento, porque cuando la mente es renovada, la vida comienza a alinearse de forma natural, no por esfuerzo humano, sino por una nueva manera de ver y comprender la realidad. En ese

momento ocurre un quiebre interno, donde lo que antes parecía normal comienza a generar incomodidad, lo que antes se aceptaba sin cuestionar empieza a ser examinado, y aquello que antes gobernaba comienza a perder su influencia, no porque el sistema haya cambiado, sino porque ya no encuentra el mismo lugar en la mente donde antes se asentaba sin resistencia.

Y es precisamente en ese cambio interior donde comienza a gestarse una verdadera transformación, no visible de inmediato, pero profundamente real, porque cuando la manera de pensar es tocada por la verdad, toda la vida empieza, lentamente, a ordenarse conforme al diseño de Dios.



## Capítulo tres

### **OCUPADOS... PERO NO LIBRES**

*“Volvió, por tanto, a desesperanzarse mi corazón acerca de todo el trabajo en que me afané, y en que había ocupado debajo del sol mi sabiduría.”*

Eclesiastés 2:20

Una de las formas más sutiles de esclavitud en este tiempo no es la opresión visible, sino la ocupación constante. No se trata de personas forzadas, sino de personas llenas de actividades; no de vidas detenidas, sino de vidas saturadas. Y en medio de ese movimiento continuo, muchas veces se pierde algo esencial sin que haya una conciencia clara de ello.

El problema no es hacer, sino vivir sin detenerse a discernir por qué se hace lo que se hace. Porque no toda actividad es propósito, ni todo movimiento es dirección. Se puede estar haciendo mucho y, aun así, estar lejos de lo que Dios quiere. Se puede avanzar en muchas áreas y, sin embargo, retroceder en lo más importante.

La cultura actual ha instalado la idea de que el valor de una persona está directamente relacionado con su nivel de productividad, con su capacidad de responder, de generar, de sostener múltiples responsabilidades al mismo tiempo. Estar ocupado se ha convertido en una señal de importancia, y el descanso, muchas veces, en una sensación de culpa. Como si detenerse fuera perder el tiempo, como si pausar fuera fallar, como si el silencio no tuviera lugar en una vida que debe estar siempre en funcionamiento. Sin embargo, el diseño de Dios no sigue esa lógica.

Jesús mismo, aun teniendo una misión clara, urgente y trascendental, no vivió bajo la presión del activismo constante. Había momentos en los que se detenía, se apartaba, buscaba la comunión con el Padre, aun cuando había necesidades reales a su alrededor. ***“Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lucas 5:16)***. Esto no lo hacía porque no tuviera nada que hacer, sino porque sabía que el hacer nunca podía reemplazar el estar.

Este principio es profundamente espiritual, porque revela que la vida no se sostiene por la actividad, sino por la conexión. Cuando la conexión se debilita, la actividad se vuelve carga; cuando la comunión se pierde, el hacer se transforma en desgaste.

La historia de Marta y María lo expone con claridad. Marta estaba ocupada, sirviendo, atendiendo, resolviendo, cumpliendo con lo que parecía necesario, mientras María estaba sentada a los pies de Jesús, escuchando su palabra. En

ese contexto, Marta se acerca con una queja que parece razonable, pero la respuesta de Jesús revela una verdad que trasciende el momento: ***“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria”*** (Lucas 10:41 y 42).

No le reprocha el servicio, sino el estado del corazón. No corrige la acción, sino la ansiedad. Porque el problema no era lo que hacía, sino desde dónde lo hacía. Estaba ocupada, pero no estaba en paz. Estaba activa, pero no estaba alineada. Y ahí se encuentra uno de los engaños más peligrosos: creer que estar haciendo cosas, incluso buenas, es sinónimo de estar viviendo correctamente.

El sistema alimenta ese ritmo constante porque sabe que una vida ocupada tiene menos espacio para detenerse, reflexionar y discernir. Una agenda llena reduce el silencio, y sin silencio es difícil escuchar con claridad. Sin escuchar, es fácil seguir funcionando, pero no necesariamente obedeciendo.

Así, sin darse cuenta, la persona comienza a vivir reaccionando en lugar de discernir, resolviendo en lugar de consultar, avanzando en lugar de esperar dirección. Y ese ritmo sostenido en el tiempo genera un desgaste que no siempre es físico, sino profundamente espiritual.

Se puede estar cansado sin haber hecho algo incorrecto, pero sí habiendo vivido desconectado de la fuente. Por eso, el cansancio constante no siempre es un

problema de cantidad de actividades, sino de la forma en que se viven. Porque cuando la vida no fluye desde la comunión con Dios, todo se vuelve más pesado, más exigente, más desgastante. Lo que debería ser una expresión de vida, se convierte en una carga difícil de sostener.

Jesús hizo una invitación que contrasta completamente con esta dinámica cuando dice: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). No está hablando de quitar responsabilidades, sino de transformar la manera de vivirlas. No promete ausencia de trabajo, sino descanso en medio de él. Esto revela que la verdadera libertad no consiste en tener menos cosas que hacer, sino en no estar gobernado por lo que se hace.

Cuando la actividad se vuelve el centro, la identidad comienza a depender de ella. Y cuando la identidad depende del hacer, detenerse genera inseguridad. Entonces la persona sigue, continúa, se exige, se sobrecarga, no necesariamente porque lo desea, sino porque ya no sabe vivir de otra manera. Y así, sin darse cuenta, queda atrapada en un ritmo que no eligió conscientemente, pero que terminó adoptando como propio.

Aquí es donde se vuelve necesario detenerse con sinceridad, no para evaluar cuántas cosas se están haciendo, sino para discernir si la vida está siendo guiada o simplemente impulsada. Porque hay una diferencia profunda entre vivir con dirección y vivir bajo presión.

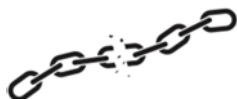
Una vida guiada tiene pausas, tiene momentos de quietud, tiene espacios donde Dios habla y ordena. En cambio, una vida impulsada por el sistema rara vez se detiene, porque siempre hay algo más que hacer, algo más que resolver, algo más que alcanzar. Y en ese “algo más”, muchas veces se pierde lo único necesario.

El desafío no es dejar de hacer, sino volver a poner en orden el corazón. No es abandonar responsabilidades, sino recuperar la fuente desde donde se vive. Porque cuando Dios ocupa el lugar correcto, todo lo demás encuentra su medida.

La verdadera libertad no se manifiesta en una agenda vacía, sino en un corazón que no está esclavizado por su propia actividad. Un corazón que puede hacer, pero también puede detenerse; que puede avanzar, pero también puede esperar; que puede servir, pero sin perder la intimidad.

Porque al final, no es la cantidad de cosas que se hacen lo que define una vida, sino desde dónde se viven. Y cuando ese “desde dónde” se alinea con Dios, incluso en medio de muchas responsabilidades, el alma encuentra descanso, la mente encuentra claridad y la vida deja de ser una carga para convertirse en una expresión del propósito.

Pero cuando ese orden se pierde, la ocupación deja de ser una herramienta, y se convierte, silenciosamente, en una forma de esclavitud sin cadenas.



## PARTE II

# **LOS LAZOS DEL SISTEMA**

## Capítulo cuatro

# **EL CONSUMISMO COMO IDOLATRÍA MODERNA**

*“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.”*

1Juan 2:16

El corazón del ser humano siempre ha sido un terreno de adoración. No fue diseñado simplemente para vivir, sino para rendirse, para encontrar un centro, para establecer un lugar donde depositar su confianza, su deseo y su sentido de identidad. Por eso, cuando Dios no ocupa ese lugar de manera plena, algo más inevitablemente lo hará, porque el corazón no queda vacío, siempre se inclina hacia aquello que considera valioso.

A lo largo de la historia, la idolatría ha adoptado diferentes formas. En otros tiempos se manifestaba de manera visible, a través de imágenes, figuras o altares físicos que representaban dioses falsos. Hoy, en muchos contextos, esa forma ha cambiado, pero la esencia sigue siendo la misma. Ya no se trata necesariamente de inclinarse ante una

estatua, sino de ordenar la vida alrededor de aquello que captura el afecto, que dirige las decisiones y que promete satisfacción.

En este tiempo, una de las expresiones más aceptadas y menos cuestionadas de idolatría es el consumismo, no entendido simplemente como el acto de comprar, sino como una forma de vivir en la que el tener se convierte en un medio para definir quién se es, cómo se está y cuánto se vale.

Jesús dijo: ***“Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21), y con esto reveló que el problema no es externo, sino profundamente interno, porque aquello que ocupa el lugar del tesoro termina gobernando el corazón. El consumismo no comienza en la billetera, comienza en el alma, en la necesidad de llenar, de alcanzar, de sostener una sensación de plenitud que, en realidad, ningún objeto puede proporcionar.

El sistema alimenta constantemente esta dinámica, no solo ofreciendo productos, sino construyendo deseos. No vende únicamente cosas, vende sensaciones, vende pertenencia, vende identidad. A través de la publicidad, de las redes, de los modelos que se presentan como ideales, se instala la idea de que siempre falta algo, de que siempre hay un nivel más al que llegar, una versión mejor que alcanzar, una imagen que sostener. Y en ese proceso, el corazón comienza a desplazarse.

Sin darse cuenta, la persona empieza a asociar su bienestar con lo que posee, su satisfacción con lo que logra adquirir, su seguridad con lo que puede acumular. Y aunque no lo exprese de esa manera, sus decisiones comienzan a reflejarlo, porque lo que se prioriza, lo que se busca y lo que se anhela revela lo que ocupa el centro.

El apóstol Pablo escribe con claridad: ***“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero”*** (1 Timoteo 6:10). No está hablando del dinero en sí, sino del amor que se deposita en él, de la dependencia que se genera, de la expectativa que se construye alrededor de lo material como si fuera capaz de otorgar lo que solo Dios puede dar.

El consumismo se vuelve idolatría cuando deja de ser una herramienta y se convierte en una fuente, cuando deja de ser un recurso y pasa a ser un refugio, cuando deja de ser algo que se utiliza y comienza a ser algo que define.

Y lo más sutil de todo esto es que no siempre se percibe como algo incorrecto. No genera, en muchos casos, una sensación de pecado evidente. No produce una alarma inmediata. Por el contrario, se presenta como parte normal de la vida, como una consecuencia lógica del esfuerzo, como una recompensa merecida, como una necesidad legítima.

Pero en ese proceso, el corazón se va atando, porque cada vez necesita más para sentirse satisfecho, cada vez se acostumbra a nuevos niveles, cada vez encuentra menos contentamiento en lo simple. Y lo que antes era suficiente,

deja de serlo. Lo que antes generaba gratitud, ahora parece escaso. Y así, sin darse cuenta, entra en una dinámica constante de búsqueda que nunca termina de saciar.

La Escritura lo expresa con sabiduría cuando dice: ***“El que ama el dinero no se saciará de dinero”*** (Eclesiastés 5:10), mostrando que este tipo de búsqueda no tiene un punto de llegada, porque no responde a una necesidad real, sino a un vacío más profundo que no puede ser llenado por medios externos.

Jesús también advirtió: ***“Mirad, guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”*** (Lucas 12:15). Esta declaración confronta directamente la lógica del sistema, que insiste en que tener más es vivir mejor, que acumular es avanzar, que alcanzar ciertos niveles es sinónimo de plenitud.

Pero la vida, en su esencia, no está determinada por lo que se posee, sino por la comunión con Dios, por la paz que solo su presencia puede dar. Cuando eso se pierde de vista, el corazón comienza a buscar sustitutos, y el consumismo se presenta como uno de los más accesibles.

Aquí es donde se vuelve necesario detenerse con honestidad, no para juzgar lo que se tiene, sino para discernir qué lugar ocupa en el corazón. Porque no se trata de cuánto se posee, sino de cuánto eso gobierna. No es una cuestión de cantidad, sino de dependencia.

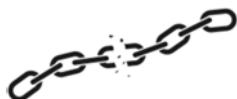
Se puede tener mucho sin estar atado, y se puede tener poco y, aun así, estar profundamente esclavizado por el deseo de tener más. En todo caso, el problema no es externo, es interno.

Por eso, la verdadera libertad no consiste en dejar de tener, sino en dejar de depender. En poder disfrutar sin que eso gobierne, en poder usar sin que eso defina, en poder vivir sin que eso ocupe el lugar que le corresponde a Dios.

Cuando el corazón vuelve a ordenarse, cuando Dios retoma el lugar central, lo material encuentra su medida correcta. Deja de ser un fin y vuelve a ser un medio. Deja de ser una fuente y vuelve a ser un recurso.

Y en ese orden, algo comienza a cambiar, la ansiedad por tener disminuye., la comparación pierde fuerza, la gratitud comienza a crecer, y la vida deja de girar en torno a lo que falta para empezar a descansar en lo que ya ha sido dado por Dios.

Pero mientras ese orden no se restablece, el consumismo seguirá operando de manera silenciosa, ofreciendo constantemente una satisfacción que nunca termina de llegar, prometiendo plenitud, pero generando dependencia. Y así, lo que parece una simple forma de vivir, termina convirtiéndose en una de las cadenas más aceptadas de este tiempo.



## Capítulo cinco

# **EL AFÁN Y LA ANSIEDAD COMO ESTILO DE VIDA**

*“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?”*

Mateo 6:25

Hay cargas que no vienen de las circunstancias, sino de la manera en que se interpretan. Hay pesos que no están en lo que sucede, sino en lo que se anticipa, en lo que se teme, en lo que se intenta controlar. Y en ese terreno, muchas veces sin darse cuenta, el corazón entra en una dinámica constante de afán y ansiedad que termina moldeando la forma de vivir.

No se trata simplemente de momentos de preocupación, que pueden aparecer de manera puntual, sino de un estado sostenido, de una manera de habitar la vida donde la mente rara vez descansa, donde el interior está siempre proyectado hacia lo que falta, hacia lo que podría salir mal, hacia lo que aún no se ha resuelto. Y lo más delicado es que este estado, con el tiempo, deja de percibirse

como algo extraño y comienza a considerarse normal, casi inevitable.

El sistema alimenta esta forma de vivir de manera constante, instalando la idea de que todo es urgente, de que siempre hay algo pendiente, de que el control es necesario para evitar el fracaso, de que anticiparse es una forma de seguridad. Así, poco a poco, la persona comienza a vivir en un estado de alerta permanente, donde el descanso no es natural, sino ocasional, y donde la paz deja de ser una experiencia estable para convertirse en algo momentáneo.

Sin embargo, las palabras de Jesús trazan un contraste profundo con esta lógica cuando dice que no debemos afanarnos por el alimento, ni por el vestido, ni por nada. Él no está ignorando las necesidades reales, ni promoviendo una vida irresponsable, sino señalando que el afán no resuelve, sino que desgasta, que no añade, sino que consume, que no ordena, sino que desordena el interior.

El afán tiene una raíz más profunda de lo que parece, porque no es solo una reacción emocional, sino una expresión de dependencia. Es el intento de sostener con las propias fuerzas aquello que debería ser entregado a Dios. Es una forma de asumir un control que el ser humano no fue diseñado para ejercer plenamente, y que, al intentarlo, termina generando ansiedad.

Por eso Jesús continúa diciendo: *“¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su*

*estatura un codo?” (Mateo 6:27)*, mostrando que el afán no tiene la capacidad de producir lo que promete, pero sí tiene el poder de quitar la paz que ya se tiene. Es una dinámica engañosa, porque hace sentir que se está haciendo algo útil, cuando en realidad se está drenando la vida interior.

La ansiedad, entonces, no es solo una emoción, sino una forma de vivir que se instala cuando el corazón pierde su punto de reposo en Dios. Cuando la confianza se debilita, el control intenta ocupar su lugar. Cuando la fe se vuelve superficial, el temor comienza a crecer. Y en ese intercambio silencioso, el alma se inquieta.

El apóstol Pablo escribe: ***“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios... y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos” (Filipenses 4:6 y 7)***, revelando que la salida no está en resolver todo, sino en aprender a entregar. No en eliminar las situaciones, sino en cambiar la forma de enfrentarlas. Porque la paz no es el resultado de que todo esté bajo control, sino de saber quién tiene el control.

Sin embargo, el sistema no promueve esta dependencia, sino todo lo contrario. Impulsa la autosuficiencia, la autosupervisión constante, la necesidad de prever, de anticipar, de sostener cada detalle. Y así, sin darse cuenta, la persona comienza a vivir cargando responsabilidades que exceden su capacidad, no porque sean reales en sí mismas, sino porque han sido asumidas desde un lugar incorrecto.

En este contexto, el afán deja de ser una reacción ocasional y se convierte en un estilo de vida. La mente siempre está ocupada, el corazón siempre está inquieto, y aun en momentos de quietud externa, el interior sigue en movimiento. Se descansa físicamente, pero no se reposa espiritualmente. Se detiene el cuerpo, pero no la mente.

Y en ese estado sostenido, la sensibilidad espiritual comienza a disminuir, porque una mente saturada tiene dificultad para percibir la voz de Dios con claridad. El ruido interno compite con la dirección divina, y muchas veces termina opacándola. No porque Dios deje de hablar, sino porque el corazón está demasiado ocupado para escuchar.

Aquí es donde se vuelve necesario hacer una pausa consciente, no para escapar de la realidad, sino para volver a ubicar el corazón en el lugar correcto. Porque la ansiedad no se resuelve solamente cambiando circunstancias, sino restaurando la confianza. No se trata de tener menos responsabilidades, sino de aprender a vivirlas desde una dependencia real de Dios.

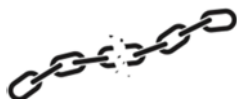
Jesús lo expresa con una sencillez profunda cuando dice: ***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:33). Este no es un principio teórico, es un orden espiritual. Cuando lo primero está en su lugar, lo demás encuentra su equilibrio. Pero cuando ese orden se altera, todo comienza a desorganizarse.

El afán aparece cuando lo secundario se vuelve central. Cuando lo temporal desplaza a lo eterno. Cuando lo urgente ocupa el lugar de lo importante. Y en ese desorden, el corazón pierde estabilidad. Por eso, la verdadera libertad no consiste en eliminar toda preocupación, sino en no estar gobernado por ella. En poder enfrentar la vida sin perder la paz. En poder atravesar situaciones sin que el interior se desborde.

No es una ausencia de desafíos, sino una presencia de confianza. Porque cuando el corazón descansa en Dios, aun en medio de la incertidumbre, hay una seguridad que no depende de las circunstancias, sino de la comunión con Él.

Pero cuando ese descanso se pierde, la vida se convierte en una carga constante, en un intento permanente de sostener lo insostenible, en una búsqueda incesante de control que nunca se alcanza por completo. Y así, sin cadenas visibles, el alma queda atrapada en una inquietud que se vuelve cotidiana, en un ritmo interior que no se detiene, en una forma de vivir donde la paz deja de ser el fundamento.

Hasta que un día se hace evidente que no es solo preocupación, es una forma de esclavitud que se instaló sin ser cuestionada. Tal vez porque no tiene cadenas visibles; sin embargo, es despiadada y dañina, porque limita grandemente el caminar en el propósito eterno.



## Capítulo seis

# LA TRAMPA DEL ÉXITO Y LA PRODUCTIVIDAD

*“Vi, además, que tanto el afán como el éxito en la vida despiertan envidias. Y también esto es vanidad; ¡es correr tras el viento!”*

Eclesiastés 4:4 (NVI)

Hay conceptos que parecen inofensivos, incluso positivos, pero que al ser absorbidos sin discernimiento terminan desviando el corazón de manera profunda. El éxito y la productividad son dos de ellos. No son, en sí mismos, algo negativo, pero cuando se convierten en el eje que define la vida, comienzan a ocupar un lugar que no les corresponde, y en ese desplazamiento silencioso, el alma pierde su centro.

El sistema ha construido una narrativa clara en torno a estos conceptos, estableciendo parámetros visibles, medibles y comparables para determinar quién es exitoso y quién no, quién avanza y quién se queda atrás, quién es relevante y quién pasa desapercibido. De esta manera, el valor de la persona empieza a vincularse con lo que logra, con lo que

produce, con lo que puede mostrar, y no con lo que es delante de Dios.

Este enfoque, repetido constantemente, termina generando una presión interna que no siempre se percibe como tal, porque se presenta como motivación, como superación, como crecimiento. Sin embargo, en su raíz, muchas veces esconde una necesidad de validación, una búsqueda de aprobación, un deseo de ser reconocido que, si no es tratado, comienza a gobernar decisiones.

La Escritura plantea un contraste profundo cuando dice: ***“Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”*** (Marcos 8:36). Esta pregunta no apunta a condenar el progreso, sino a reordenar el valor de las cosas, a recordar que hay una dimensión que no puede ser medida con parámetros humanos, y que cuando esa dimensión se descuida, todo lo demás pierde su verdadero sentido.

El problema del éxito, entendido desde el sistema, es que siempre se proyecta hacia adelante, hacia lo que aún falta, hacia lo que todavía no se ha alcanzado, generando una sensación constante de insuficiencia. Nunca es suficiente, nunca es completo, nunca es definitivo. Siempre hay un nivel más, un objetivo más, una meta más que alcanzar. Y en esa dinámica, el corazón rara vez descansa, porque siempre está persiguiendo algo que parece estar un paso más adelante.

La productividad, por su parte, refuerza este ritmo, estableciendo la idea de que cada momento debe ser aprovechado, que cada espacio debe ser llenado, que cada capacidad debe ser explotada al máximo. Así, la vida comienza a organizarse en función de resultados, de rendimiento, de eficiencia, y lo que no produce parece perder valor. Pero el Reino de Dios no funciona bajo esa lógica.

Jesús no eligió a sus discípulos en base a su productividad, ni los formó para que cumplieran objetivos medibles según criterios humanos. Los llamó a estar con Él, a caminar con Él, a aprender de Él. ***“Y estableció a doce, para que estuviesen con él...” (Marcos 3:14)***. Antes de hacer, debían estar. Antes de producir, debían permanecer.

Este orden es fundamental, porque cuando se invierte, el hacer se desconecta de la fuente, y entonces comienza a sostenerse por esfuerzo humano. En ese punto, incluso el servicio a Dios puede convertirse en una carga, en una obligación, en una actividad que desgasta en lugar de edificar.

Se puede trabajar para Dios y, al mismo tiempo, estar desconectado de Él. Se puede producir mucho y, aun así, estar espiritualmente vacío. Se puede alcanzar reconocimiento y, sin embargo, sentir un profundo cansancio interior. La idea, en todo caso, sea en la Iglesia o sea en el sistema, no debemos llenarnos de actividad sin intimidad.

Lo que quiero dejar en claro, es que si dentro de la Iglesia, quienes ocupan cargos ministeriales, puede llegar a caer en la trampa de hacer muchas cosas y desconectarse de Dios, cuanto más los que trabajan en un sistema social que cada día demanda más y que lejos está de ofrecer alguna posibilidad de conexión espiritual con el Reino.

El sistema es despiadado en redefinir el éxito como algo totalmente independiente del Reino de Dios, lo cual permite presentar tremendas trampas para los hijos de Dios. Son trampas totalmente expuestas y obvias, pero los tiempos culturales que vivimos nos han vendido su inocencia y por lógica su aceptación. Estas trampas tienen toda la característica del mismo Satanás, es decir, se manifiestan de manera tan visible que nadie cree que son trampas de verdad.

Ser librados del sistema implica no considerar como ganancia lo que el mismo sistema dice que son ganancias. El mismo apóstol Pablo lo expresó de una manera reveladora cuando escribió: ***“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7)***. De esta manera enseñó, que lo que antes había sido considerado por él, como valioso, relevante, o digno de ser alcanzado, perdió su peso cuando lo comparó con la excelencia de conocer a Cristo. No porque dichas cosas dejaran de tener valor en sí mismas, sino porque ya no ocupaban el lugar central en su vida.

Aquí es donde se produce un cambio profundo, no en lo externo, sino en la manera de medir la vida. Ya no se trata

de cuánto se logra, sino de cuánto se permanece en Dios. Ya no se trata de cuánto se produce, sino de cuánto se vive en comunión con Él. Ya no se trata de alcanzar metas, sino de caminar en obediencia.

Esto no elimina la responsabilidad ni el compromiso, pero sí transforma la motivación. Porque cuando el corazón está alineado con Dios, el hacer deja de ser una búsqueda de validación y se convierte en una expresión natural de lo que se vive internamente.

Sin embargo, cuando esta verdad no está firme, el sistema sigue operando, generando comparaciones constantes, estableciendo estándares externos, impulsando a medir la vida en función de resultados visibles. Y en ese contexto, es fácil caer en la trampa de hacer más, de exigirse más, de buscar más, creyendo que en eso se encontrará satisfacción.

Pero la satisfacción que proviene del éxito humano es momentánea. Dura lo que dura el logro, lo que dura el reconocimiento, lo que dura la novedad. Luego vuelve la necesidad, vuelve la búsqueda, vuelve la sensación de que aún falta algo. Porque el alma no fue diseñada para alimentarse de resultados, sino de la presencia de Dios.

Por eso, la verdadera libertad no consiste en dejar de hacer, sino en no depender del hacer para encontrar valor. En poder avanzar sin que eso defina la identidad. En poder lograr sin que eso determine la paz.

Cuando el corazón es libre en esta área, la productividad deja de ser una exigencia y se convierte en una herramienta. El éxito deja de ser un objetivo y pasa a ser una consecuencia. Y la vida deja de girar en torno a lo que se alcanza para centrarse en Aquel en quien todo cobra sentido.

Pero cuando este orden se pierde, incluso lo que parece bueno puede convertirse en una cadena invisible, en una presión constante, en una búsqueda interminable que nunca termina de llenar. Y así, lo que comenzó como una motivación, termina siendo una forma sutil de esclavitud que gobierna desde adentro sin ser reconocida.



## Capítulo siete

# LA CULTURA DEL CANSANCIO PERMANENTE

*“No te fatigues en adquirir riquezas, Deja de pensar en ellas. Cuando pones tus ojos en ella, ya no está. Porque la riqueza ciertamente se hace alas como águila que vuela hacia los cielos”.*  
Proverbios 23:4 y 5 NBLH

Hay un cansancio que proviene del esfuerzo legítimo, del trabajo necesario, de las responsabilidades propias de la vida, y ese tipo de desgaste encuentra descanso cuando el cuerpo se detiene y se recupera. Pero hay otro cansancio más profundo, más persistente, que no se resuelve simplemente durmiendo o tomando un momento de pausa, porque no nace solo de lo que se hace, sino de lo que se persigue, de cómo se vive, de dónde se sostiene la vida y desde qué lugar se enfrentan las demandas diarias.

Ese cansancio es cada vez más común en los cristianos de hoy, y lo más preocupante no es la presencia de ese cansancio, sino su normalización. Se ha vuelto habitual vivir agotados, responder desde la fatiga, sostener ritmos que

desgastan constantemente, y asumir que esa condición es parte inevitable de la vida. Frases como “estoy cansado” se repiten con naturalidad, pero pocas veces se detienen a analizar la raíz de ese estado. De hecho, el estrés era algo que muy pocas personas sufrían y hoy en día es algo muy común.

El sistema ha establecido una dinámica donde el descanso ha perdido su valor real, porque todo está orientado hacia el rendimiento, hacia la producción, hacia el avance constante. Esto también es muy curioso, porque el avance tecnológico está proporcionando un montón de beneficios en favor de maximizar la buena utilización del tiempo, sin embargo, lo que la gente menos tiene es tiempo.

Se vive a mil y se descansa para volver a producir, se pausa para continuar, pero rara vez se descansa como una expresión de confianza en Dios o como una necesidad espiritual profunda. El descanso se convierte en una herramienta funcional, pero no en un principio de vida.

Cuando hay actividades en la Iglesia, vemos que mucha gente se excusa diciendo “Si pastor... Haré lo posible por venir... Si tengo tiempo acá estaré...” Luego se ven complicados y muchos de ellos no pueden participar. Esto no lo digo irónicamente, ni como burla, es una realidad que debemos comprender, pero que también debemos analizar.

En el principio, Dios estableció el descanso como parte de su diseño. ***“Y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo” (Génesis 2:2).*** No porque estuviera cansado, sino

porque quiso establecer un ritmo, un orden, una manera de vivir donde el hacer no fuera absoluto, donde hubiera espacio para detenerse, contemplar y reposar.

Este principio revela que el descanso no es debilidad, sino alineación. No es pérdida de tiempo, sino reconocimiento de límites. No es inactividad, sino una forma de volver al centro. Además, muchos están viviendo las actividades de la Iglesia como parte de las agotadoras actividades que padecen, y eso no debería ser así.

Cuando el diseño del Reino se rompe, la vida comienza a desordenarse. El hacer ocupa todo el espacio, la mente no encuentra pausa, el corazón no se aquieta, y el alma comienza a desgastarse de manera silenciosa. No siempre se percibe de inmediato, pero con el tiempo se manifiesta en falta de claridad, en irritabilidad, en pérdida de sensibilidad espiritual, en una dificultad creciente para conectarse con Dios de manera profunda.

Jesús hace una invitación que confronta directamente esta realidad cuando dice: “*Venid a mí... y hallaréis descanso para vuestras almas*” (Mateo 11:28 y 29). No está hablando solo de un descanso físico, sino de un reposo interior, de un estado donde el alma deja de cargar lo que no le corresponde, donde la vida se ordena desde una relación, no desde una exigencia.

Acá es donde debo hacer un triste paréntesis, porque muchos pastores están sufriendo estrés o problemas de salud

relacionados con un exceso de actividades sin intimidad. Esto no debería ser así, porque servimos al Dios que nos otorga reposo, no el que necesita exprimir nuestras fuerzas para glorificarse. Servir a Dios no debe ser un sacrificio, debe ser un deleite, pero si esto no ocurre con el liderazgo, es lógico que tampoco esté ocurriendo con la gente en general.

En fin, creo que hay mucho que meditar al respecto. De hecho, a quienes están desarrollando alguna tarea ministerial les recomiendo un par de libros: “Consumidos por el estrés” y “Pastores recargados”. Estoy seguro que le ayudará a reflexionar al respecto.

Cuando la vida se estructura desde el sistema, el descanso espiritual que necesitamos se vuelve algo extraño. Detenerse genera incomodidad, el silencio parece improductivo, la quietud se siente innecesaria. Entonces la persona sigue, continúa, se mantiene en movimiento constante, porque ya no sabe vivir de otra manera. Y en ese ritmo sostenido, el cansancio deja de ser una señal y se convierte en una condición permanente.

Se duerme, pero no se descansa, se pausa, pero no se renueva, se detiene el cuerpo, pero el interior sigue cargado. Esto ocurre porque el descanso verdadero no se alcanza solamente disminuyendo la actividad, sino restaurando la comunión profunda con Dios.

Cuando la vida no fluye desde esa conexión, todo lo demás comienza a pesar más de lo que debería. Las

responsabilidades se sienten más pesadas, las decisiones más difíciles, las relaciones más demandantes. No porque hayan cambiado en sí mismas, sino porque ya no están siendo sostenidas desde la fuente correcta.

El escritor de Hebreos habla de un reposo al que el pueblo de Dios es llamado a entrar, diciendo: ***“Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”*** (Hebreos 4:9), mostrando que el descanso no es solo un concepto físico, sino una realidad espiritual que debe ser experimentada. No es algo automático, es algo en lo que se entra, algo que se aprende a vivir.

Ese reposo implica confiar, soltar, dejar de intentar controlar todo, permitir que Dios ocupe el lugar que le corresponde. Implica reconocer que la vida no se sostiene por la propia capacidad, sino por la gracia de Dios. Y cuando eso se comprende, el alma comienza a encontrar un descanso que no depende de las circunstancias.

Pero cuando este principio no está presente, la vida se convierte en una carga continua, en una exigencia permanente, en un desgaste que se acumula. Y lo más delicado es que, al acostumbrarse, deja de percibirse como algo anormal.

Aquí es donde se vuelve necesario detenerse con honestidad y preguntarse no solo cuánto se está haciendo, sino desde dónde se está viviendo. Porque el cansancio constante no siempre es una señal de compromiso, muchas

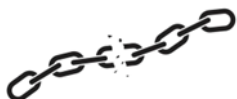
veces es una evidencia de desorden. No siempre refleja responsabilidad, muchas veces revela desconexión.

El alma no fue diseñada para vivir agotada, fue diseñada para vivir en comunión. Por eso, la verdadera libertad no consiste en eliminar toda actividad, sino en aprender a vivir desde el reposo de Dios, en poder sostener responsabilidades sin que eso agote el interior, en poder avanzar sin perder la paz.

Cuando el corazón encuentra ese lugar, el ritmo cambia, no necesariamente en cantidad, pero sí en calidad. La vida deja de sentirse como una carga y comienza a fluir con mayor claridad. El alma se aquieta, la mente se ordena, y la presencia de Dios vuelve a ocupar el lugar central.

Pero cuando ese reposo se pierde, el sistema sigue empujando, exigiendo, acelerando, llevando a un ritmo que nunca se detiene, que nunca se satisface, que nunca alcanza. Y así, sin cadenas visibles, el cansancio se convierte en un estado permanente, en una forma de vivir que se acepta sin cuestionar, en una señal constante de que algo más profundo necesita ser restaurado.

Pero no todo agotamiento es inevitable, en la mayoría de los hijos de Dios que sufren este problema, solo es el resultado de haber dejado el lugar donde el alma redimida fue diseñada para descansar.



PARTE III

**EL CORAZÓN  
ATRAPADO**

## Capítulo ocho

# **CUANDO NO HAY TIEMPO PARA DIOS**

*“Así que tengan cuidado de cómo viven. No vivan como necios, sino como sabios. Saquen el mayor provecho de cada oportunidad en estos días malos.”*

Efesios 5:15 y 16 (NVI)

Una de las evidencias más claras de una vida desordenada no es necesariamente el pecado visible, sino la ausencia silenciosa de la intimidad con Dios. No siempre se trata de una negación consciente, ni de una decisión deliberada de alejarse, sino de un desplazamiento progresivo, casi imperceptible, donde lo esencial comienza a perder su lugar sin que haya una alarma inmediata que lo advierta.

El tiempo es uno de los recursos más reveladores del corazón, porque aquello a lo que se le da lugar no es casual, sino intencional, aunque muchas veces no se lo perciba de esa manera. Cada decisión, cada ocupación, cada prioridad va configurando una estructura en la que, inevitablemente, algo ocupa el centro. Y cuando Dios deja de estar en ese

lugar, no siempre es porque se lo rechaza, sino porque otras cosas comienzan a ocupar el espacio que le corresponde.

Aquí es donde aparece una de las frases más comunes y, al mismo tiempo, más engañosas: **“No tengo tiempo”**. No porque sea una mentira en el sentido literal, sino porque encubre una realidad más profunda, ya que el tiempo no desaparece, sino que se distribuye mal. Decir que no hay tiempo para Dios no revela una falta de horas, sino una reconfiguración de prioridades donde lo eterno ha sido desplazado por lo posiblemente urgente.

Jesús lo expresó de manera clara cuando dijo: **“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia...”** (Mateo 6:33), estableciendo un orden que no es opcional, sino fundamental. No se trata de buscar a Dios cuando queda espacio, sino de ordenar la vida desde Él, permitiendo que todo lo demás encuentre su lugar a partir de esa comunión.

Sin embargo, el sistema ha construido una dinámica que compite directamente con este principio, llenando la vida de actividades, de demandas, de estímulos constantes que reducen el espacio para la quietud, para la reflexión, para el encuentro real con Dios. No es una oposición directa, sino una saturación progresiva que va ocupando cada espacio disponible hasta que la intimidad se vuelve ocasional, secundaria, postergable.

Y lo más delicado es que esto puede ocurrir sin que la persona deje de considerarse creyente, sin que abandone la

iglesia, sin que deje de participar en actividades espirituales. Porque la intimidad no se pierde necesariamente en lo público, sino en lo privado. No se evidencia primero en lo que se hace delante de otros, sino en lo que deja de hacerse en secreto.

Jesús lo enseñó diciendo: ***“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento... y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”*** (Mateo 6:6), mostrando que la vida espiritual no se sostiene por lo visible, sino por lo oculto, por ese espacio donde el corazón se encuentra con Dios sin intermediarios, sin distracciones, sin exigencias externas. Ante esto les recomiendo un libro que escribí, titulado: “La pérdida del lugar secreto”, estoy seguro que será de gran bendición para sus vidas.

Cuando ese espacio de intimidad comienza a desaparecer, la vida espiritual se debilita, aunque externamente todo parezca seguir igual. Se continúa hablando de Dios, se sigue sirviendo, se mantienen ciertas prácticas, pero la profundidad se pierde, la sensibilidad disminuye, la comunión se enfría. Y esto no ocurre de manera abrupta, es un proceso.

Un día se posterga el tiempo con Dios porque hay algo urgente, otro día se reemplaza por otra actividad, más adelante se reduce, luego se vuelve irregular, hasta que finalmente deja de ser una prioridad real. Y en ese camino, el corazón comienza a adaptarse a vivir sin esa conexión constante.

**Apocalipsis 2:4** expresa esta realidad con una claridad que atraviesa el tiempo: *“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”*. No dice que lo perdieron, sino que lo dejaron, mostrando que no fue un accidente, sino una consecuencia de decisiones acumuladas, de desplazamientos progresivos que llevaron a que, lo que alguna vez fue central, dejara de serlo completamente.

El problema no es solo la ausencia del tiempo con Dios, sino lo que esa ausencia produce en el interior. Porque cuando la intimidad se debilita, la dirección se vuelve confusa, la paz se vuelve inestable, la fe se vuelve más frágil. La persona sigue avanzando, pero ya no desde la claridad que proviene de la presencia de Dios, sino desde su propio entendimiento.

Y en ese estado, es más fácil ser influenciado, más fácil adaptarse, más fácil ceder en áreas que antes eran firmes. No porque se haya decidido hacerlo, sino porque se ha perdido el lugar donde esas decisiones eran sostenidas.

Aquí es donde se vuelve necesario detenerse con sinceridad, no para medir cuánto tiempo se dedica a Dios, sino para discernir qué lugar ocupa realmente en la vida. Porque no se trata solo de cantidad, sino de prioridad, de intención, de valor.

Se puede tener momentos esporádicos y, aun así, no haber ordenado el corazón. Se puede cumplir con ciertos

hábitos y, sin embargo, no estar viviendo en comunión. El punto no es cumplir, es permanecer.

Jesús lo expresó de manera profunda cuando dijo: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros”*** (Juan 15:4), mostrando que la vida espiritual no se trata de encuentros ocasionales, sino de una conexión constante, de una dependencia continua, de una relación viva.

Cuando esa permanencia se pierde, todo lo demás comienza a debilitarse, aunque externamente se intente sostener. Por eso, la verdadera libertad no consiste en tener más tiempo, sino en volver a darle a Dios el lugar que le corresponde dentro del tiempo que ya se tiene. No es agregarlo como una actividad más, sino reordenar la vida desde su presencia.

Cuando ese orden se restablece, algo comienza a cambiar, no solo en la agenda, sino en el interior. La paz vuelve a asentarse, la dirección se aclara, la fe se fortalece. No porque las circunstancias hayan cambiado, sino porque el corazón ha vuelto a su fuente.

Pero cuando ese orden se pierde, el sistema sigue llenando los espacios, sigue ocupando el tiempo, sigue desplazando lo esencial, hasta que la ausencia de Dios deja de sentirse como una pérdida. Y ese es uno de los estados más peligrosos, porque cuando ya no se percibe la falta, la esclavitud ha encontrado un lugar profundo en el corazón sin ser cuestionada.

## Capítulo nueve

# JUSTIFICACIONES ESPIRITUALES

*“Todos los caminos del hombre son limpios a sus propios ojos, pero Jehová pesa las intenciones.”*

Proverbios 16:2

Una de las capacidades más sutiles del corazón humano no es solamente equivocarse, sino aprender a justificar aquello que, en lo profundo, sabe que no está del todo bien. Y cuando esa capacidad se mezcla con el lenguaje espiritual, el engaño se vuelve aún más difícil de detectar, porque ya no se presenta como algo incorrecto, sino como algo razonable, incluso piadoso.

No toda desviación comienza con una rebeldía abierta. Muchas veces comienza con una explicación aceptable, con un argumento que tranquiliza la conciencia, con una interpretación que permite continuar sin tener que confrontar lo que está ocurriendo en el interior. De esta manera, el corazón no niega a Dios, pero tampoco se somete plenamente a Él, encontrando un punto intermedio donde se siente cómodo sin tener que cambiar.

La Escritura muestra que este mecanismo no es nuevo. Desde el principio, el ser humano ha intentado cubrir, explicar o suavizar su condición en lugar de rendirse completamente a la verdad. Cuando Adán fue confrontado por Dios, respondió: ***“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”*** (Génesis 3:12), tratando de desplazar la responsabilidad, construyendo una justificación personal que le permitiera evitar el peso completo de su decisión.

Ese mismo patrón continúa hoy, aunque con formas más elaboradas, más refinadas, más difíciles de percibir. No se trata de negar la fe, sino de adaptarla. No de rechazar la verdad, sino de interpretarla de manera conveniente. No de abandonar a Dios, sino de reorganizar la vida de tal manera que ciertas áreas queden fuera de Su gobierno, pero sin que eso genere un conflicto evidente.

Aquí es donde aparecen frases que suenan correctas, pero que esconden una realidad más profunda: “Dios conoce mi corazón”, “estoy en una etapa complicada”, “ya voy a tener más tiempo”, “Dios entiende que estoy muy ocupado”. Ninguna de estas expresiones es necesariamente falsa en sí misma, pero pueden convertirse en refugios donde el corazón evita confrontarse.

El problema no está en la frase, sino en la intención, porque cuando la verdad se utiliza para justificar en lugar de transformar, deja de cumplir su propósito. Se convierte en un recurso para sostener una condición en lugar de cambiarla.

Jesús confrontó este tipo de actitud en los fariseos cuando dijo: ***“Este pueblo de labios me honra; más su corazón está lejos de mí”*** (Mateo 15:8), mostrando que es posible mantener una apariencia espiritual mientras el interior ya no está alineado. No se trata de falta de conocimiento, sino de falta de rendición.

Las justificaciones espirituales permiten sostener esa dualidad, donde la persona continúa en una estructura religiosa, pero evita tocar áreas que requieren cambio. Se sirve a Dios, pero bajo condiciones. Se obedece, pero selectivamente. Se escucha, pero no siempre se responde.

En ese espacio, el corazón comienza a endurecerse de manera progresiva, no de forma evidente, sino sutil. Porque cada vez que se justifica lo que debería ser transformado, se pierde sensibilidad. Cada vez que se explica lo que debería ser rendido, se fortalece la resistencia interna.

La Escritura advierte sobre este proceso cuando dice: ***“Antes exhortaos los unos a los otros cada día... para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado”*** (Hebreos 3:13), mostrando que el engaño no solo está en el acto, sino en la forma en que se percibe. Cuando algo se justifica, deja de verse como problema, y al dejar de verse como problema, deja de ser tratado.

El sistema encuentra en este mecanismo un aliado silencioso, porque no necesita confrontar directamente la fe, le alcanza con permitir que se sostenga en una forma

superficial, donde no haya profundidad, donde no haya entrega total, donde no haya una transformación real.

Así, el creyente continúa avanzando, pero con áreas no resueltas, con decisiones no rendidas, con pensamientos no alineados. Y aunque externamente pueda parecer que todo está en orden, internamente hay un espacio donde el gobierno de Dios no ha sido plenamente establecido.

Aquí es donde se vuelve necesario un acto de sinceridad profunda, no delante de otros, sino delante de Dios. Un momento donde se deja de explicar, de justificar, de acomodar, y se comienza a reconocer con claridad lo que realmente está ocurriendo en el interior.

David lo expresa de una manera que revela este proceso cuando dice: ***“Mientras callé, se envejecieron mis huesos... porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano”*** (Salmos 32:3 y 4), mostrando que hay un desgaste interno cuando se sostiene una condición que no está alineada, cuando se evita la verdad, cuando se posterga la rendición.

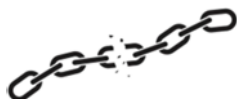
Pero también muestra el camino de salida cuando dice: ***“Mi pecado te declararé... y tú perdonaste la maldad de mi pecado”*** (Salmos 32:5). No hubo explicación, no hubo justificación, hubo reconocimiento. Y en ese reconocimiento comenzó la restauración.

La verdadera libertad no comienza cuando todo está en orden, sino cuando el corazón deja de ocultar lo que no lo está. Cuando deja de sostener argumentos y comienza a rendirse a la verdad. Porque mientras haya justificación, no hay transformación.

No se puede ser libre en aquello que se sigue explicando. No se puede avanzar en aquello que se sigue acomodando. No se puede crecer en aquello que se evita confrontar. Por eso, el llamado no es a perfección, sino a honestidad. No a una imagen correcta, sino a un corazón rendido. No a sostener una apariencia, sino a permitir que Dios trate profundamente lo que necesita ser transformado.

Cuando eso ocurre, algo se rompe por dentro, no como destrucción, sino como liberación. Se cae la necesidad de justificar, se abre espacio para la verdad, y el corazón vuelve a alinearse con Dios de manera real.

Pero mientras las justificaciones permanezcan, el proceso se detiene, la vida se estanca y la esclavitud sigue operando en silencio, disfrazada de razones que parecen válidas. Y así, lo que nunca se enfrentó, termina gobernando sin resistencia.



## Capítulo diez

# LA NORMALIZACIÓN DE LA SEQUEDAD

*“Mientras callé mi pecado, mi cuerpo se consumió con mi gemir durante todo el día. Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi vitalidad se desvanecía con el calor del verano”. (Selah)*

Psalm 32:3 y 4

Hay estados espirituales que deberían generar alarma, pero que con el tiempo pueden volverse habituales si no son discernidos a tiempo. La sequedad es uno de ellos. No se presenta de manera abrupta ni escandalosa, sino progresiva, silenciosa, casi imperceptible al principio, pero profundamente peligrosa cuando se instala y deja de ser cuestionada.

No se trata simplemente de momentos donde no se siente lo mismo que antes, ni de etapas donde las emociones no acompañan, porque la vida espiritual no depende de sensaciones. La sequedad es algo más profundo. Es cuando la presencia de Dios deja de ser una experiencia viva y se transforma en un concepto; cuando la comunión se debilita

al punto de volverse superficial; cuando la Palabra ya no arde, sino que apenas informa; cuando el corazón ya no responde con la misma sensibilidad.

Lo más delicado de este estado no es solo su existencia, sino su normalización. Porque cuando algo se vuelve normal, deja de buscarse una salida. Y cuando deja de buscarse una salida, se convierte en un terreno estable donde el alma comienza a habitar sin darse cuenta de lo que ha perdido.

La Escritura muestra esta realidad de manera estremecedora en la vida de Sansón, cuando dice: ***“Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él”*** (Jueces 16:20). Esa frase no describe una caída inmediata, sino un proceso previo que no fue discernido. No hubo una conciencia clara del momento en que la presencia dejó de estar. Simplemente ocurrió, y él siguió funcionando como si nada hubiera cambiado.

Ese es el peligro de la sequedad: permite continuar en actividad sin vida, en movimiento sin presencia, en rutina sin comunión. Todo parece seguir en pie, pero algo esencial ha desaparecido. Se puede orar, pero sin encuentro, se puede leer, pero sin revelación, se puede servir, pero sin fluir, se puede hablar de Dios, pero sin haber estado con Él. Y en ese estado, la vida espiritual comienza a sostenerse por estructura en lugar de por relación.

El sistema favorece esta condición porque promueve una espiritualidad superficial, rápida, funcional, donde lo

importante no es la profundidad, sino la continuidad. Mientras la persona siga activa, mientras no abandone ciertas prácticas, parece que todo está bien. Pero la actividad no reemplaza la vida, y la constancia externa no garantiza comunión interna.

La sequedad se instala cuando el corazón deja de nutrirse en la presencia de Dios, pero sigue funcionando por inercia. Es un estado donde se pierde el hambre, donde la búsqueda disminuye, donde la necesidad deja de sentirse con la misma intensidad. No porque Dios haya dejado de ser necesario, sino porque el corazón se ha adaptado a vivir sin esa cercanía.

Cuando el hambre se pierde, la búsqueda se debilita, y cuando la búsqueda se debilita, la conexión se enfría. El salmista expresa un contraste profundo cuando dice: ***“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”*** (Salmos 42:1), mostrando que la vida espiritual saludable no es indiferente, no es tibia, no es distante. Es una vida que anhela, que busca, que reconoce su necesidad constante de Dios.

Cuando ese clamor desaparece, no siempre es evidente, pero es una señal clara de que algo se ha enfriado. Y lo más peligroso es que ese enfriamiento no siempre genera preocupación inmediata. Puede convivir con la rutina, con la actividad, con la estructura, sin que haya una reacción profunda.

Aquí es donde se vuelve necesario detenerse con sinceridad, no para analizar lo que se hace, sino para discernir lo que se está viviendo internamente. Porque no se trata de cuánto se participa, sino de cuánto se vive en la presencia de Dios. No es una cuestión de práctica, sino de realidad espiritual.

Se puede sostener una vida religiosa sin vida espiritual, y se puede mantener una forma supuestamente espiritual, sin tener el poder de Dios obrando diariamente. Se puede continuar sin estar conectado, pero ese estado, si no se trata, se vuelve cada vez más profundo y por cierto cada día más dañino.

Jesús advierte sobre esto cuando habla de la iglesia de Sardis diciendo: ***“Tienes nombre de que vives, y estás muerto”*** (Apocalipsis 3:1). Esto es muy duro, porque Jesús no estaba hablando de una ausencia total de actividad, sino de una desconexión entre lo que se aparentaba y lo que realmente vivía la Iglesia de Sardis.

La sequedad permite esa desconexión, porque mantiene la estructura mientras se vacía el contenido. Por eso, la salida no es simplemente hacer más, sino volver a la fuente. No es aumentar la actividad, sino restaurar la comunión. No es esforzarse por sentir, sino rendirse para volver a vivir en la presencia de Dios.

Cuando el corazón reconoce este estado y deja de justificarlo, algo comienza a moverse. Vuelve el hambre,

vuelve la necesidad, vuelve el deseo de buscar a Dios no por obligación, sino por convicción. Y en ese retorno, la vida comienza a renovarse desde adentro.

Pero mientras la sequedad se normalice, mientras se acepte como parte de la vida, mientras no se discierna como una señal de alerta, seguirá avanzando en silencio, debilitando la sensibilidad, reduciendo la profundidad, sosteniendo una apariencia que no refleja la realidad. Y así, sin darse cuenta, el corazón puede acostumbrarse a vivir sin lo que más necesita, hasta que la ausencia deja de doler. Y cuando deja de doler, se vuelve peligrosa.

Debemos tener cuidado, créanme que hay muchos hermanos que, consideran estar bien ante Dios, o al menos creen estar cumpliendo con su fe, porque domingo a domingo participan de una reunión, pero a la verdad están secos. No sienten la unción y todo les resulta una carga. Ciertamente se esfuerzan por cumplir y lo entienden como un sacrificio de fe, pero la verdad es que están esclavizados por el sistema, y encadenados sin cadenas.

Dios los está esperando, Dios siempre espera y Él siempre recibe a quienes se arrepienten de su condición y se vuelven a Él de todo corazón...

***“Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma... y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas...”***

Isaías 58:11

PARTE IV

**EL DESPERTAR  
ESPIRITUAL**

## Capítulo once

### **DISCERNIENDO EL SISTEMA**

*“La comida sólida es para los adultos, para los que ya saben juzgar, porque están acostumbrados a distinguir entre lo bueno y lo malo.”*

Hebreos 5:14 DHH

Todo proceso de libertad comienza con una revelación. No con un cambio externo inmediato, ni con una decisión impulsiva, sino con la capacidad de ver aquello que antes estaba oculto, de reconocer lo que operaba en silencio, de identificar lo que había sido aceptado sin ser cuestionado. Porque mientras algo no se discierne, no se confronta, y mientras no se confronta, sigue teniendo autoridad.

El sistema no se presenta como una estructura evidente que deba ser rechazada de manera inmediata, sino como una realidad integrada a la vida cotidiana, tan naturalizada que muchas veces no genera resistencia. Está presente en la manera de pensar, en los ritmos que se sostienen, en las prioridades que se establecen, en las decisiones que se toman

casi automáticamente. No se percibe como algo externo, porque ya ha sido incorporado internamente.

Por eso, discernir el sistema no es simplemente observar lo que sucede afuera, sino reconocer cómo eso ha formado el interior. No es solo identificar patrones visibles, sino descubrir acuerdos invisibles que se han establecido en la mente y en el corazón. Es entender que el problema no es únicamente lo que rodea, sino lo que ha sido aceptado sin ser filtrado por la verdad de Dios.

La Escritura muestra que el discernimiento no es una capacidad natural, sino espiritual. No depende de la inteligencia, ni de la experiencia, ni de la observación superficial, sino de una sensibilidad que proviene de la relación con Dios. Por eso Pablo ora diciendo: ***“Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor”*** (Filipenses 1:9 y 10), mostrando que hay cosas que no son necesariamente incorrectas en apariencia, pero que no son lo mejor según el diseño de Dios.

El sistema se mueve precisamente en ese terreno, no siempre proponiendo lo malo, sino muchas veces ofreciendo lo aceptable, lo razonable, lo conveniente, lo que no parece generar conflicto. Y en esa sutileza, logra instalarse sin ser detectado.

Discernir implica ver más allá de lo evidente, implica no quedarse en la superficie, implica preguntar no solo qué

es, sino de dónde viene y hacia dónde conduce. Porque hay caminos que parecen correctos, pero cuyo resultado no está alineado con la voluntad de Dios.

***“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad” (Salmos 139:23 y 24).*** Esta oración revela una actitud esencial para el discernimiento: la disposición a ser examinado, a permitir que Dios revele lo que uno mismo no puede ver con claridad.

Sin esta disposición, el sistema sigue operando sin resistencia, porque el corazón tiende a justificar, a adaptarse, a sostener lo que le resulta cómodo. Pero cuando hay un deseo genuino de verdad, Dios comienza a mostrar, a iluminar, a traer claridad donde antes había confusión.

El Espíritu Santo cumple un rol fundamental en este proceso, porque es quien guía a toda verdad, quien convence, quien revela. No lo hace de manera invasiva ni forzada, sino progresiva, mostrando aquello que el corazón está dispuesto a ver. Por eso, muchas veces el discernimiento no llega de golpe, sino en etapas, en capas que se van descubriendo a medida que hay apertura.

En ese proceso, comienzan a evidenciarse cosas que antes parecían normales, pero que ya no generan la misma tranquilidad. Ritmos que antes se sostenían sin cuestionamiento empiezan a incomodar. Prioridades que antes parecían correctas comienzan a ser revisadas.

Decisiones que antes se tomaban automáticamente ahora requieren reflexión. No porque todo esté mal, sino porque la luz comienza a alumbrar áreas que estaban en sombra.

Jesús dijo: ***“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Juan 3:19)***, mostrando que la luz no solo revela, sino que también confronta. Y aquí es donde el discernimiento se vuelve una decisión, porque no alcanza con ver, es necesario responder a lo que se ve.

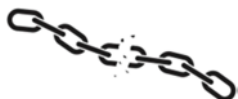
Se puede recibir revelación y, sin embargo, no actuar. Se puede entender y no cambiar. Se puede percibir y seguir igual. Y en ese punto, el discernimiento pierde su propósito, porque no produce transformación.

Por eso, este capítulo no apunta solamente a direccionarnos para que podamos ver, sino a nuestro corazón esté dispuesto a aceptar lo que Dios nos muestre, aun cuando eso implique incomodidad, ajustes, decisiones que no siempre son fáciles. Porque la verdad no siempre tranquiliza, muchas veces confronta, pero siempre libera cuando es recibida con humildad.

Discernir el sistema no es rechazar todo lo que lo rodea, sino aprender a filtrar, a evaluar, a no aceptar automáticamente lo que se presenta como normal. Es desarrollar una sensibilidad que permita vivir en medio de una realidad que constantemente propone, pero sin ser absorbido por ella.

Es entender que no todo lo que está disponible es conveniente, que no todo lo que es permitido edifica, que no todo lo que es aceptado por la mayoría está alineado con Dios. Y cuando ese discernimiento comienza a operar, algo cambia profundamente en el interior. La vida deja de ser automática y comienza a ser intencional. Las decisiones dejan de ser reactivas y comienzan a ser guiadas. El corazón deja de adaptarse y comienza a posicionarse.

No como una actitud de rechazo constante, sino como una vida que aprende a caminar con claridad en medio de un entorno que no siempre lo tiene. Ese es el inicio de un proceso más profundo, porque cuando se empieza a ver, ya no se puede vivir de la misma manera. Y lo que antes pasaba desapercibido, comienza a ser imposible de ignorar.



## Capítulo doce

# **ROMPIENDO ACUERDOS INTERNOS**

*“El sacrificio que sí deseas es un espíritu quebrantado;  
tú no rechazarás un corazón arrepentido y  
quebrantado, oh Dios.”*

Salmo 51:17 NTV

Discernir es el inicio, pero no es el final. Ver con claridad lo que antes estaba oculto abre una puerta, pero atravesarla requiere algo más profundo: una decisión interna. Porque no todo lo que se reconoce se abandona automáticamente. Muchas veces, aun después de haber visto, el corazón sigue aferrado a ciertas estructuras que se han vuelto parte de su forma de vivir.

El sistema no solo influye desde afuera, sino que establece acuerdos internos. No son pactos conscientes en la mayoría de los casos, sino aceptaciones progresivas, ideas que se incorporaron sin ser filtradas, formas de pensar que fueron adoptadas hasta volverse propias. Y una vez que estos acuerdos se establecen, comienzan a sostener

comportamientos, decisiones y reacciones sin que la persona se detenga a cuestionarlos.

Romper estos acuerdos no es simplemente cambiar hábitos, sino desarraigar creencias que han tomado lugar en el interior. Es un proceso que involucra la mente, el corazón y la voluntad, porque aquello que se ha aceptado internamente no se suelta sin una acción intencional.

La Escritura lo expresa con claridad cuando dice: ***“Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*** (2 Corintios 10:5). Aquí no se habla de acciones externas, sino de estructuras internas, de argumentos, de pensamientos que han sido elevados como verdades, pero que en realidad no están alineados con Dios.

Estos argumentos no siempre son evidentes, muchas veces se presentan como ideas razonables, como conclusiones lógicas, como formas de interpretar la realidad que parecen correctas. Pero cuando se las examina a la luz de la Palabra, se evidencia que no provienen de Dios, sino de un sistema que ha moldeado la manera de pensar.

Romper acuerdos internos implica reconocer estas estructuras y decidir no seguir sosteniéndolas. No es un proceso automático, porque muchas de estas ideas han estado presentes durante años, han sido reforzadas por experiencias, por contextos, por repeticiones constantes. Han generado

seguridad, han dado una sensación de control, han ofrecido una forma de interpretar la vida. Por eso, soltarlas no siempre es cómodo.

Porque no se trata solo de dejar algo incorrecto, sino de renunciar a una forma de ver, de pensar, de reaccionar que se había vuelto familiar. Y en ese punto, el corazón puede resistirse, no porque no quiera cambiar, sino porque lo conocido, aunque no sea correcto, resulta más cómodo que lo desconocido.

Aquí es donde la verdad debe ocupar el lugar central. Jesús dijo: **“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)**, mostrando que la libertad no viene solo por el reconocimiento del problema, sino por el reemplazo de aquello que estaba gobernando. No basta con identificar lo incorrecto, es necesario establecer lo correcto.

Cada acuerdo que se rompe debe ser reemplazado por una verdad que lo desplace, porque el corazón no queda vacío. Si no se llena con lo que viene de Dios, volverá a ocuparlo con aquello que ya conoce. Por eso, este proceso no es solo de renuncia, sino de renovación.

No se trata únicamente de dejar de pensar de cierta manera, sino de aprender a pensar conforme a Dios. No es solo abandonar una lógica, sino abrazar otra. No es solo rechazar lo que no edifica, sino establecer lo que sí construye.

Y en ese proceso, la mente comienza a ser transformada de manera real.

Sin embargo, hay algo más que ocurre en este punto, y es que muchos de estos acuerdos no solo son mentales, sino también emocionales. Han sido sostenidos por experiencias, por heridas, por situaciones que dejaron marcas. Por eso, romperlos no es solamente un acto intelectual, sino también un acto espiritual.

Implica rendirse delante de Dios, reconocer lo que ha sido aceptado, pedir la intervención de su verdad, permitir que su Espíritu obre en lo profundo. No es un cambio superficial, es una transformación que toca las raíces. Y cuando esto ocurre, algo comienza a liberarse.

Pensamientos que antes parecían inevitables comienzan a perder fuerza. Reacciones que antes eran automáticas empiezan a cambiar. Decisiones que antes se tomaban desde la presión comienzan a ser guiadas por la verdad. No porque las circunstancias hayan cambiado, sino porque el interior ha sido reordenado.

Aquí es donde se produce un quiebre real, no visible en lo inmediato, pero profundamente determinante. Porque lo que sostenía ciertas formas de vivir ha sido removido, y al ser removido, pierde su capacidad de gobernar. Pero este proceso requiere intencionalidad, no ocurre por inercia, no sucede solo por desearlo. Requiere decisión, requiere perseverancia, requiere volver una y otra vez a la verdad,

hasta que esa verdad deje de ser una idea y se convierta en una realidad vivida.

Porque los acuerdos internos no se rompen una sola vez, se debilitan progresivamente a medida que se deja de alimentarlos y se comienza a sostener la vida desde otro lugar. Y en ese camino, el corazón empieza a experimentar algo que antes parecía lejano: una libertad que no depende de lo externo, sino de lo que ha sido transformado en lo profundo.

Ya no se trata de evitar ciertas cosas, sino de no necesitar sostenerlas. Ya no se trata de resistir constantemente, sino de haber cambiado el fundamento. Ya no se trata de luchar contra todo, sino de vivir desde una verdad que ordena. Y cuando eso ocurre, el sistema puede seguir proponiendo, pero ya no encuentra el mismo espacio donde antes se afirmaba sin oposición.

Porque algo ha cambiado, no afuera, sino dentro de nosotros. Y cuando lo interno se transforma, lo externo pierde poder. Por eso les aconsejo que aprendan, ante todo, a administrar el tiempo. Permítanme explicarles esto: el sistema se encarga de ocupar nuestro tiempo de manera absoluta. Nos ofrece herramientas para “ahorrarlo”, mientras las convierte en insaciables devoradoras del mismo tiempo que promete liberar.

Este es un engaño magistral y sumamente eficaz. Hoy contamos con todo el avance tecnológico a nuestro favor, lo

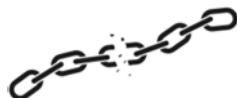
cual debería marcar una diferencia respecto de generaciones pasadas. Sin embargo, ellos poseían aquello que nosotros decimos no tener: tiempo.

Si no aprendemos a administrar bien nuestro tiempo, escapando del engaño del sistema, jamás podremos disfrutar de una verdadera comunión con Dios. Me refiero a esos tiempos de calidad en Su presencia: momentos de meditación, silencios ante el Espíritu Santo, instantes en los que Él nos puede revelar cuales son los paradigmas que debemos romper.

Sin esos tiempos sagrados, corremos el riesgo de caer en la ilusión de que todo está bien, cuando en realidad no lo está. Y es evidente que no podemos quebrar acuerdos internos sin la obra soberana del Espíritu Santo en nuestras vidas, porque solo Él nos otorga luz, convicción y poder para realizar los cambios necesarios. Sin Su iluminación y Su acción, no hay esperanza alguna.

***“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”***

2 Corintios 3:17 y 18



## Capítulo trece

# HONRANDO EL SEÑORÍO DE CRISTO

*“Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos... Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.”*

Romanos 14:8 y 9

Hay una diferencia profunda entre creer en Cristo y vivir bajo su señorío. No es una diferencia doctrinal, sino práctica, visible en la manera en que se toman decisiones, en cómo se ordena la vida y en quién tiene la última palabra en lo cotidiano. Porque se puede reconocer a Jesús como Salvador y, sin embargo, no haber honrado plenamente a Jesucristo como nuestro Señor.

El señorío de Cristo no se limita a una declaración, sino que implica gobierno. No es solo aceptar lo que Él hizo, sino rendirse a lo que Él es y lo que Él desea. Es permitir que Su voluntad tenga autoridad sobre cada área de nuestra vida, no de manera parcial o selectiva, sino completa. Y es

precisamente en este punto donde muchos creyentes, sin darse cuenta, han cedido terreno.

No porque hayan rechazado a Cristo, sino porque han permitido que otras influencias definan aspectos importantes de sus vidas. El sistema, con su forma de pensar, con sus prioridades, con su ritmo, ha ido ocupando espacios que deberían estar bajo el gobierno de Dios. Y en ese proceso, se ha generado una vida donde Cristo está presente, pero no necesariamente reinando sus vidas y esa es una gran pérdida.

El señorío de Cristo no se evidencia solamente en las palabras que expresamos, sino en nuestra obediencia. Se manifiesta en lo cotidiano, en lo que nadie ve, en las decisiones pequeñas que, acumuladas, definen el rumbo. Se expresa en cómo se administra el tiempo, en cómo se utilizan los recursos, en cómo se responden las situaciones, en cómo se ordenan las prioridades.

Recuperar el señorío de Cristo no es añadir una práctica más a la vida, sino reordenarla completamente. Es volver a colocar a Dios en el centro, no como una referencia, sino como la autoridad principal. Es dejar de vivir desde la lógica del sistema para comenzar a vivir desde la dirección de Dios.

Este proceso no es automático, porque implica rendición, y la rendición no siempre es cómoda. Porque no se trata solo de entregar lo que es evidente, sino también aquello que se ha sostenido durante tiempo, aquello que nos ha dado

seguridad, aquello que ha generado control. Implica soltar el derecho de decidir independientemente, para comenzar a vivir en dependencia.

El apóstol Pablo lo expresa de una manera contundente cuando dice: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20), mostrando que el señorío no es una capa externa, sino una transformación interna donde el “yo” deja de ser el centro.

Este es uno de los puntos más profundos del proceso, porque confronta directamente el deseo de autonomía que el sistema ha reforzado constantemente. La idea de que cada uno define su camino, que cada uno decide su forma de vivir, que cada uno establece sus propias prioridades, se ve desafiada por la realidad de un Señor que no solo acompaña, sino que gobierna.

Y en ese encuentro, el corazón debe decidir. No entre lo bueno y lo malo, sino entre quién tiene el control, porque se puede vivir haciendo cosas correctas, pero desde una independencia que no honra el señorío de Cristo. Y eso genera una vida fragmentada, donde algunas áreas están rendidas y otras siguen siendo administradas desde la propia voluntad.

Recuperar el señorío implica identificar esas áreas, no desde la culpa, sino desde la verdad. Reconocer dónde las decisiones no están siendo consultadas, dónde la dirección no está siendo buscada, dónde la obediencia ha sido

reemplazada por conveniencia. Y a partir de allí, comenzar un proceso de entrega real, no teórica, no emocional, sino práctica.

Entregar el tiempo, permitiendo que Dios defina prioridades, entregar las finanzas, reconociendo que todo proviene de Él, entregar los planes, dejando espacio para Su dirección, entregar las decisiones, sometiéndolas a su voluntad. Este tipo de entrega no reduce la vida, la ordena, no limita, libera, no empobrece, alinea. Porque cuando Cristo ocupa su lugar como Señor, todo lo demás encuentra su medida correcta.

Las decisiones se vuelven más claras, las prioridades se ordenan, las cargas disminuyen. No porque desaparezcan las responsabilidades, sino porque ya no se sostienen desde el esfuerzo humano, sino desde la dirección divina.

Jesús lo expresó con una claridad sencilla pero profunda cuando dijo: ***“El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”*** (Lucas 14:27), mostrando que seguirlo implica un costo, una renuncia, una decisión constante de dejar atrás lo que compite con su gobierno. Pero ese costo no es pérdida, es liberación. Porque aquello que se suelta no es lo que da vida, sino lo que la limita, y aquello que se recibe no es una carga, sino un orden que trae paz.

Cuando el señorío de Cristo es restaurado, la vida deja de estar fragmentada y comienza a integrarse. Ya no hay

áreas separadas, ya no hay decisiones aisladas, ya no hay espacios donde Dios no tenga acceso. Todo comienza a alinearse, no por obligación, sino por convicción y en ese lugar, algo cambia profundamente.

Es verdad que el sistema sigue presente, sigue proponiendo, sigue presionando, pero ya no tiene el mismo acceso, ya no tiene la misma influencia, porque el corazón ha establecido quién gobierna. Y cuando eso está definido, la vida deja de ser una lucha constante por sostenerse, y comienza a ser una expresión de alguien que ya no se pertenece a sí mismo, sino a Aquel que ahora Reina.

Yo comprendo perfectamente que debemos estudiar, trabajar, producir y hacernos cargo de todas las obligaciones familiares. Sin embargo, una cosa es cumplir con todo eso y otra muy diferente es dejarnos gobernar por todo eso. No debemos entregar nuestro potencial a las presiones naturales, porque nuestro Reino no es de este mundo y la única manera de manifestarlo es a través de la vida espiritual.

No podemos declarar libertad en Cristo como ciudadanos del Reino, y vivir como esclavos de un sistema que no reconoce nuestra posición celestial. Actuemos con sabiduría, no nos dejemos robar lo más valioso que tenemos, debemos creer que buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia, hace que todas las demás cosas nos sean dadas por añadidura (**Mateo 6:33**). Recuerden siempre: “Primero lo primero”.

PARTE V

**LA VERDADERA  
LIBERTAD**

## Capítulo catorce

### **REDIMIENDO EL TIEMPO**

*“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,  
Que traigamos al corazón sabiduría.”*

Salmos 90:12

En el capítulo doce referido a la importancia de romper acuerdos internos, hice mención de la importancia de administrar bien el tiempo, porque sin duda es uno de los recursos más valiosos que Dios ha puesto en nuestras manos, no solo porque es limitado, sino porque en él se expresa la vida misma. Cuando el sistema nos roba el tiempo, nos roba la oportunidad de ser efectivos en el cumplimiento del propósito eterno y por eso debemos rescatarlo.

Es por esta importancia que escribí todo un libro titulado justamente: “Redimir el Tiempo”. Les recomiendo de manera muy especial su lectura. Les puedo garantizar que dicho libro les ampliará por mucho, los breves conceptos que mencionaré en este pequeño capítulo.

Cada día, cada hora, cada segundo de nuestra vida, es una oportunidad que debemos gestionar, cada momento es una posibilidad, cada decisión es una forma de administrar lo que no vuelve. Pero curiosamente, pocas cosas son tan descuidadas, tan absorbidas por la inercia, tan gobernadas por factores externos como el uso del tiempo.

El sistema ha construido una dinámica donde el tiempo se consume más que se administra, donde se responde más de lo que se decide, donde se llena más de lo que se ordena. La vida se vuelve una sucesión de actividades, de urgencias, de estímulos que ocupan cada espacio disponible, dejando poco margen para la reflexión, para la intención, para la dirección consciente.

En este contexto, el tiempo deja de ser un recurso gobernado y pasa a ser un espacio dominado. No se vive desde una planificación guiada, sino desde una reacción constante. Lo urgente desplaza a lo importante, lo inmediato reemplaza a lo eterno, y sin darse cuenta, muchos hermanos comienzan a invertir sus vidas en aquello que no necesariamente tiene valor trascendente en lo espiritual.

La Escritura expresa este principio con una claridad que atraviesa generaciones cuando dice: ***“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”*** (Efesios 5:15 y 16). No es solo una exhortación a organizarse mejor, sino a vivir con discernimiento, a entender que el

tiempo no es neutral, que lo que se hace con él define el rumbo de la vida.

Redimir el tiempo no significa simplemente hacer más cosas en menos tiempo, ni llenar cada espacio con actividad, sino rescatarlo del dominio del sistema para devolverlo al propósito de Dios. Es dejar de vivir desde la urgencia externa para comenzar a vivir desde la intención interna guiada por el Espíritu.

Este cambio no es superficial, porque implica revisar profundamente cómo se está viviendo. Implica detenerse y observar no solo en qué se invierte el tiempo, sino por qué. Qué es lo que define las prioridades, qué es lo que genera urgencia, qué es lo que ocupa los espacios más valiosos del día, porque el tiempo no se pierde de golpe, se diluye.

Se dispersa en pequeñas decisiones que parecen insignificantes, en momentos que no se perciben como importantes, en hábitos que no se cuestionan. Y cuando se suma todo, se descubre que gran parte de la vida ha sido absorbida por cosas que no edifican, que no transforman, que no dejan fruto.

Aquí es donde se vuelve necesario un acto de conciencia, no para generar culpa, sino para despertar responsabilidad. Porque nadie puede redimir lo que no reconoce que ha sido mal administrado. Y nadie puede cambiar lo que no está dispuesto a revisar.

Jesús expresó un principio que ordena este aspecto de manera profunda cuando dijo: ***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia...”*** (Mateo 6:33). Este “primeramente” no es solo una idea espiritual, es una guía práctica. Define un orden. Establece que lo eterno no puede ser lo último, ni lo opcional, ni lo que queda cuando hay espacio.

Redimir el tiempo comienza cuando Dios vuelve a ocupar el primer lugar dentro del tiempo. No como una actividad más, sino como el eje desde el cual todo se organiza. Cuando esto ocurre, el día deja de ser una acumulación de tareas y comienza a ser una oportunidad de vivir con propósito. Las decisiones ya no se toman solo por presión, sino por dirección. Los espacios no se llenan automáticamente, sino que se eligen con discernimiento.

Esto no significa que todas las responsabilidades desaparezcan, ni que la vida se vuelva más simple en términos externos, sino que comienza a ordenarse internamente. Hay claridad, hay enfoque, hay una conciencia más profunda de lo que realmente importa.

Sin embargo, este proceso requiere intencionalidad, porque el sistema seguirá proponiendo, seguirá ocupando, seguirá llenando espacios si no hay una decisión clara de ordenar el tiempo desde otro lugar. No se trata de tener más horas, sino de vivir las que ya se tienen de manera diferente.

Esto implica establecer momentos donde Dios tenga un lugar definido, no relegado, no postergado, no condicionado a lo que queda disponible. Implica aprender a decir que no a ciertas cosas para poder decir que sí a lo que realmente edifica. Implica reconocer que no todo lo que se puede hacer debe hacerse.

En ese proceso, el tiempo comienza a recuperar su valor, ya no es solo algo que pasa, sino algo que se vive. Ya no es solo algo que se consume, sino algo que se invierte, y no es solo una sucesión de momentos, sino un espacio donde se manifiesta el propósito de Dios.

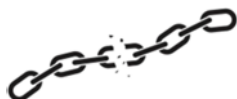
El salmista lo expresa claramente en el pasaje que compartí al comienzo de este capítulo: ***“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”***. Contar los días no es simplemente medirlos, sino valorarlos, entender que cada uno tiene un peso, una oportunidad, una responsabilidad.

Cuando esta conciencia se establece, algo cambia en la forma de vivir. La dispersión disminuye, la claridad aumenta, la vida comienza a alinearse con mayor intención. No porque todo esté bajo control, sino porque el corazón ha decidido no vivir más de manera automática.

Redimir el tiempo no es una técnica, es una decisión espiritual, es reconocer que la vida no puede seguir siendo absorbida por lo que no tiene valor eterno, es volver a tomar lo que se había entregado sin darse cuenta, es ordenar lo que

se había desordenado. Y en ese proceso, algo comienza a restaurarse, no solo en la agenda diaria, sin en lo más profundo del corazón. Porque cuando el tiempo se ordena, la vida también comienza a hacerlo.

El sistema ha sembrado de manera cultural, que no contar con tiempo es “muy cool”. Lo cual es una gran mentira, porque carecer de un bien necesario solo es pobreza. Decir: “No tengo tiempo...” cuando la vida se compone de tiempo, es como decir “No tengo vida...” y eso no es nada fantástico. Bueno, puede que lo sea para la cultura actual, pero nunca para un hijo de Dios que vive bajo los parámetros del Reino.



## Capítulo quince

# VIVIENDO CON PRIORIDADES DE REINO

*“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.”*

Lucas 9:23

Toda vida está ordenada por prioridades, aunque muchas veces no se lo perciba de manera consciente. No existe una vida neutral en este aspecto, porque siempre hay algo que ocupa el primer lugar, algo que define las decisiones, algo que determina qué se sostiene y qué se descarta. Las prioridades no solo organizan la agenda, revelan el corazón.

El problema no es tener prioridades, sino desde dónde se establecen. Porque cuando no son definidas por la verdad de Dios, inevitablemente serán moldeadas por el sistema, por la presión del entorno, por las expectativas sociales o por los propios deseos. Y en ese proceso, lo importante puede quedar desplazado por lo urgente, lo eterno por lo temporal, lo esencial por lo accesorio.

Jesús estableció un principio que no solo ordena la vida espiritual, sino toda la existencia cuando dijo que debemos buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. Este llamado no es una sugerencia, es una estructura. Define un orden en el cual lo demás encuentra su lugar cuando lo primero está correctamente posicionado.

Vivir con prioridades del Reino implica mucho más que añadir a Dios dentro de una lista de actividades; implica que Él sea el punto de partida desde el cual todo se organiza. No se trata de hacer espacio para Dios, sino de ordenar todo desde Él. Es un cambio profundo de enfoque, donde la vida deja de girar en torno a necesidades inmediatas para comenzar a alinearse con un propósito eterno.

Cuando este orden no está presente, la vida se fragmenta. Se atienden muchas cosas, pero sin una dirección clara. Se responde a múltiples demandas, pero sin una referencia firme. Se avanza, pero sin saber con certeza hacia dónde. Y en ese movimiento constante, el corazón se dispersa, la energía se diluye y lo verdaderamente importante comienza a perder fuerza.

El sistema favorece esta dispersión porque multiplica opciones, genera estímulos constantes, establece nuevas demandas que parecen necesarias. Todo compite por atención, todo parece urgente, todo se presenta como relevante. Y en medio de ese escenario, si no hay un orden interno, la vida termina siendo gobernada por lo que aparece primero, no por lo que es verdaderamente importante.

Por eso, vivir con prioridades del Reino requiere discernimiento y decisión. Discernimiento para identificar qué tiene valor eterno y qué no, y decisión para sostener ese orden aun cuando lo externo presione en otra dirección. No es simplemente entenderlo, es vivirlo.

Jesús lo expresó de manera contundente cuando dijo: ***“Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21), mostrando que las prioridades no son solo una cuestión de organización, sino de afecto, de deseo, de inclinación interna. Lo que se valora, se prioriza. Lo que se prioriza, se sostiene.

Aquí es donde se vuelve necesario revisar con sinceridad qué está ocupando el primer lugar, no en lo que se declara, sino en lo que se vive. Porque es posible afirmar que Dios es lo más importante y, sin embargo, estructurar la vida de manera que otras cosas terminen ocupando ese lugar en la práctica.

Vivir con prioridades del Reino implica volver a ese orden, no como una carga, sino como una alineación. No es restringir la vida, es darle dirección. No es perder, es enfocar. No es limitar, es liberar de la dispersión.

Este orden comienza en lo íntimo, en la relación con Dios, en el tiempo que se le da, en la atención que se le presta, en la disposición del corazón. Pero no se queda allí, se extiende a todas las áreas, a cómo se toman decisiones, a

cómo se administran recursos, a cómo se responde a las oportunidades.

Cuando el Reino ocupa el primer lugar, lo demás no desaparece, se reubica. Las responsabilidades siguen, pero ya no gobiernan. Las demandas continúan, pero ya no dominan. Las oportunidades aparecen, pero ya no desordenan.

Hay una claridad que comienza a establecerse, una paz que acompaña las decisiones, una firmeza que permite sostener lo importante sin ceder ante la presión de lo inmediato.

El apóstol Pablo lo expresa de una manera que revela este enfoque cuando dice: ***“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”*** (Colosenses 3:2). No está llamando a ignorar la realidad, sino a definir desde dónde se vive. A establecer una perspectiva que ordena todo lo demás.

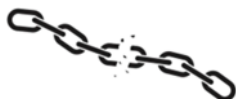
Cuando la mirada está correctamente ubicada, las prioridades se alinean de manera natural. Lo eterno adquiere peso, lo temporal encuentra su lugar, y la vida deja de estar dividida entre múltiples direcciones para comenzar a avanzar con coherencia.

Sin embargo, este proceso no es automático. Requiere revisar constantemente, ajustar, volver a ordenar, porque el sistema seguirá proponiendo, seguirá presionando, seguirá intentando ocupar espacios. Y si no hay una decisión firme, ese orden puede volver a alterarse.

Por eso, vivir con prioridades del Reino no es un evento, es un estilo de vida. Es una elección continua de sostener lo que Dios establece como central, aun cuando lo externo sugiera otra cosa. Y en esa elección, algo comienza a consolidarse.

La vida deja de ser una respuesta constante a lo que aparece y comienza a ser una expresión de lo que se ha definido internamente. El corazón encuentra estabilidad, la mente encuentra claridad, las decisiones encuentran dirección, y todo aquello que antes generaba presión comienza a perder su peso, porque ya no ocupa el lugar que no le correspondía.

Porque cuando el Reino es primero, todo lo demás deja de competir por el centro, y cuando se alinean las prioridades correctamente, siempre se obtienen buenos resultados.



## Capítulo dieciséis

# UNA VIDA LIBRE EN MEDIO DEL SISTEMA

*“Cristo nos libertó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manténganse firmes y no se sometan nuevamente al yugo de esclavitud.”*

Gálatas 5:1 NVI

La verdadera libertad no consiste en salirnos del sistema, sino en dejar de ser gobernados por él. No es una cuestión de ubicación, sino de condición; no es geográfica, sino espiritual. Porque el diseño de Dios nunca fue aislarnos del mundo, sino formarnos de tal manera que podamos vivir en medio de él sin perder nuestra esencia, sin ceder nuestra identidad en Cristo, sin negociar nuestra comunión espiritual.

Jesús lo expresó con claridad al decir: *“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”* (Juan 17:15 y 16). No dijo que estarían fuera del mundo, sino que, aun permaneciendo en él, no serían definidos por él. Esa diferencia no es externa, es interna. No se trata de evitar todo

contacto, sino de no permitir que aquello que rodea determine lo que gobierna el corazón.

A lo largo de este recorrido se ha hecho evidente que el sistema no necesita imponerse de manera visible para ejercer influencia. Opera desde lo cotidiano, desde lo aparentemente normal, desde lo que se repite hasta volverse incuestionable. Y cuando encuentra un corazón sin discernimiento, se instala sin resistencia. Pero cuando ese corazón ha sido transformado, cuando ha aprendido a ver, a discernir, a romper acuerdos y a rendirse al señorío de Cristo, la relación con ese sistema cambia completamente.

Ya no se vive desde la adaptación, sino desde la convicción, no se responde automáticamente, sino con intención. Ya no se avanza por presión, sino por dirección.

Una vida libre en medio del sistema no es una vida perfecta, ni libre de desafíos, ni desconectada de las responsabilidades. Es una vida ordenada desde adentro, donde el corazón ha encontrado su lugar en Dios y, desde allí, todo lo demás comienza a alinearse.

Esto se expresa en lo cotidiano, en la manera de usar el tiempo, en cómo se administran los recursos, en cómo se toman decisiones, en cómo se responde a las demandas. No es una libertad teórica, es una forma de vivir que se sostiene en cada área.

El apóstol Pablo lo resume de manera profunda cuando dice: ***“Todo me es lícito, mas no todo conviene; todo me es lícito, mas no todo edifica” (1 Corintios 10:23)***, mostrando que la libertad no se define por la ausencia de límites, sino por la capacidad de discernir y elegir correctamente. No es hacer todo lo que se puede, sino vivir conforme a lo que edifica.

Este tipo de vida requiere una sensibilidad constante, porque el sistema no deja de proponer. Sigue ofreciendo, sigue presionando, sigue intentando ocupar espacios. Pero la diferencia está en que ya no encuentra un corazón disponible para aceptar todo sin filtrar.

Hay una conciencia que se ha formado, una claridad que se ha establecido, una convicción que se ha arraigado, y eso cambia nuestra manera de vivir. La libertad comienza a manifestarse en cosas simples, pero profundas. En la capacidad de detenernos sin culpa, de decir que no sin temor, de elegir lo correcto, aunque no sea lo más conveniente, de sostener la comunión con Dios aun en medio de muchas responsabilidades.

Se manifiesta en la paz que permanece aun cuando las circunstancias no son ideales, en la claridad para decidir sin dejarnos arrastrar por la presión, en la firmeza para mantener lo importante sin ceder ante lo urgente. No es una libertad que elimina la realidad, es una libertad que la atraviesa con otro fundamento.

Jesús dijo: **“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36)**, y esa libertad no es parcial ni momentánea, es profunda, real, sostenida. No depende de lo que ocurre afuera, sino de lo que ha sido establecido adentro.

Sin embargo, esta vida no se sostiene de manera automática, requiere permanencia, requiere cuidado, requiere volver una y otra vez a la fuente. Porque el riesgo no desaparece, la presión no se elimina, las propuestas no cesan. Por eso, la vida libre no es un estado alcanzado de una vez para siempre, sino un camino que se transita día a día, una decisión constante de permanecer en aquello que Dios ha establecido.

Jesús lo expresó con sencillez cuando dijo: **“Permaneced en mí” (Juan 15:4)**, mostrando que la clave no está en lo que se logra, sino en lo que se sostiene. No es un evento, es una relación. No es una experiencia aislada, es una vida continua.

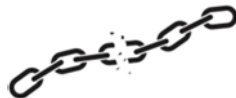
Cuando esa permanencia se cuida, la libertad se fortalece. Cuando esa conexión se mantiene, el discernimiento se afina. Cuando ese vínculo se profundiza, el sistema pierde cada vez más influencia. Y en ese proceso, la vida comienza a reflejar algo distinto, no necesariamente visible de inmediato, pero profundamente real. Hay una coherencia, una estabilidad, una paz que no depende de lo externo.

Se vive en el mismo mundo, pero de una manera diferente. Se enfrenta la misma realidad, pero con otra perspectiva. Se atraviesan las mismas circunstancias, pero con otro fundamento. Porque el corazón ya no pertenece a lo que lo rodea, sino a Aquel que lo gobierna, y esa es la verdadera libertad.

No la ausencia de presión, sino la presencia de gobierno. No la falta de desafíos, sino la firmeza en medio de ellos. No la independencia absoluta, sino la dependencia correcta. Una vida libre en medio del sistema no es una utopía, es una posibilidad real para todo aquel que decide ver, rendirse y caminar conforme a la verdad, y cuando eso ocurre, algo se establece de manera firme.

El sistema puede seguir presente, pero ya no tiene el control, simplemente porque nuestro corazón sabe a quién pertenece y reconoce su lugar. Entonces es que podemos vivir siendo verdaderamente libres, y ese es el gran objetivo del Reino.

Recuerden siempre que los esclavos no gobiernan y nosotros en Cristo, somos reyes para manifestar la voluntad de nuestro Señor en la tierra. Es por eso y para eso, que tenemos un solo Rey, y no es el sistema... El nuestro es el Único... El Eterno... ¡El Rey de gloria!



# CONCLUSIÓN

“Un llamado a la verdadera libertad”

A lo largo de estas páginas se ha expuesto una realidad que no siempre es visible, pero que está presente en la vida de muchos, una forma de esclavitud que no se percibe fácilmente porque no aprieta desde afuera, sino que se instala desde adentro, moldeando pensamientos, ocupando el tiempo, definiendo prioridades y estableciendo ritmos que, poco a poco, desplazan lo esencial sin generar una alarma inmediata.

No se trata de una condición ajena, ni de una problemática aislada, sino de una dinámica que atraviesa este tiempo, que afecta incluso a aquellos que aman a Dios, que desean vivir correctamente, pero que sin darse cuenta han sido influenciados por una lógica que no nació en Él. Y es justamente allí donde este mensaje encuentra su propósito, no en señalar, sino en alumbrar, no en condenar, sino en despertar.

Porque nadie puede salir de aquello que no reconoce, y nadie puede vivir en libertad si no está dispuesto a ver con claridad. Sin embargo, este libro no ha sido escrito para dejar a nadie en un simple diagnóstico, sino para conducirlos hacia una decisión. Porque el problema no es solo identificar el sistema, sino definir qué lugar ocupará Dios a partir de ahora. No se trata simplemente de entender, sino de responder.

La libertad que Dios ofrece no es superficial ni momentánea, no es un alivio emocional ni una mejora circunstancial, es una transformación profunda que comienza en el interior y se extiende a toda la vida. Es una libertad que no depende de lo que ocurre afuera, sino de quién gobierna adentro. Es una libertad que no elimina la realidad, pero sí cambia completamente la manera de vivirla.

Jesús no vino solamente a perdonar, vino a liberar. No solo a rescatar, sino a gobernar. No solo a acompañar, sino a transformar. Y esa obra no se impone, se recibe. No se fuerza, se permite. No se activa automáticamente, se establece a través de una entrega real.

Por eso, este cierre no es un final, es una invitación. Una invitación a detenernos y mirar con honestidad nuestra propia vida, no desde la culpa, sino desde la verdad. A preguntarnos qué ha estado ocupando el centro, qué ha estado definiendo nuestras decisiones, qué ha estado gobernando nuestro tiempo, nuestra mente nuestro corazón.

No para quedarnos allí, sino para decidir, para romper con lo que nos puede haber limitado. Decidir soltar lo que puede estar ocupando el lugar que solo le corresponde al Señor. Decidir volver a ordenar todas las prioridades de nuestra vida. No parcialmente, no en ciertas áreas, sino de manera completa, porque la libertad verdadera no se experimenta en fragmentos, se vive en totalidad.

Tal vez, al leer, hayan reconocido áreas donde el sistema ha tenido más influencia de la que imaginaban. Tal vez el Espíritu Santo haya traído luz sobre aspectos que estaban ocultos o que habían sido normalizados. Si eso ocurrió, no es para incomodar sin sentido, es para dar la oportunidad de responder y de gestionar.

Porque al final, la luz no solo revela, sino que también abre camino. Este es el momento donde la revelación debe convertirse en acción, donde lo que se ha entendido debe comenzar a vivirse, donde lo que ha sido expuesto debe ser tratado. No desde la presión, sino desde la convicción. No desde el temor, sino desde el deseo genuino de vivir conforme a lo que Dios diseñó.

El sistema seguirá presente, seguirá proponiendo, seguirá intentando ocupar espacios, pero ya no desde el mismo lugar. Porque cuando los ojos se abren, cuando el corazón se alinea, cuando el señorío de Cristo es honrado, algo cambia de manera irreversible.

Se comienza a vivir desde la verdad, desde la dirección, desde la comunión profunda, y en ese lugar, la vida adquiere otro sentido, otra estabilidad, otra profundidad. No necesariamente más simple en lo externo, pero sí más clara en lo interno, más firme, más libre.

Porque la verdadera libertad no es hacer lo que uno quiere, sino hacer las cosas correctas...

# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

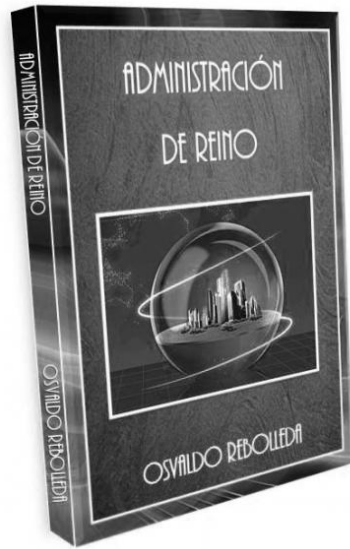
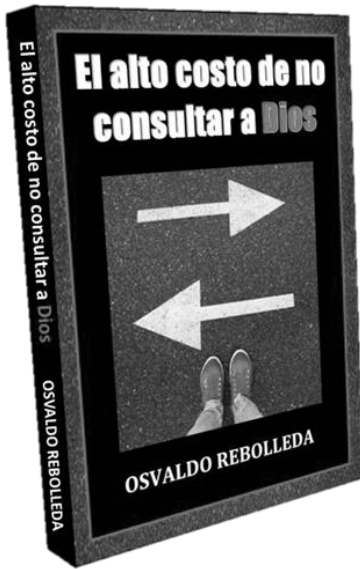
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

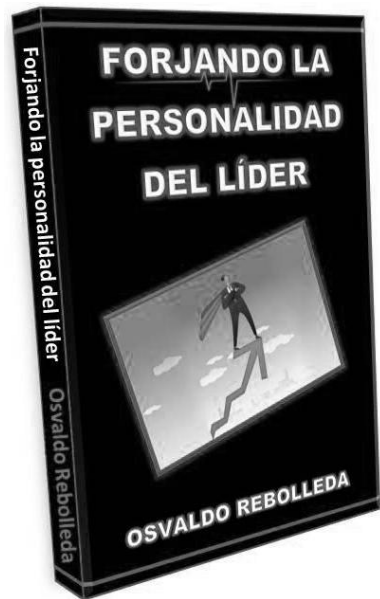
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

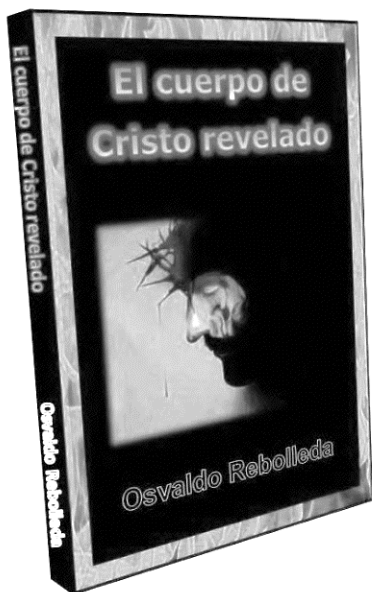
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

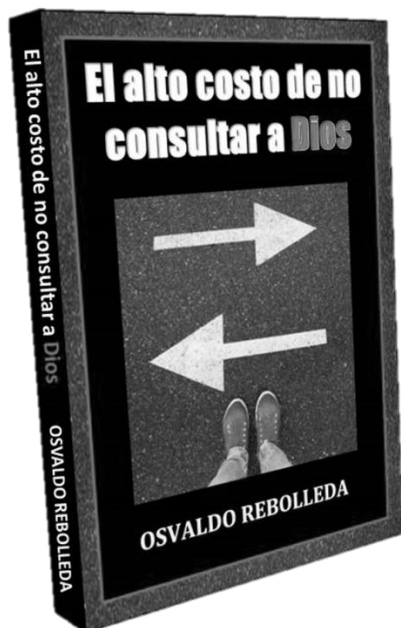


[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



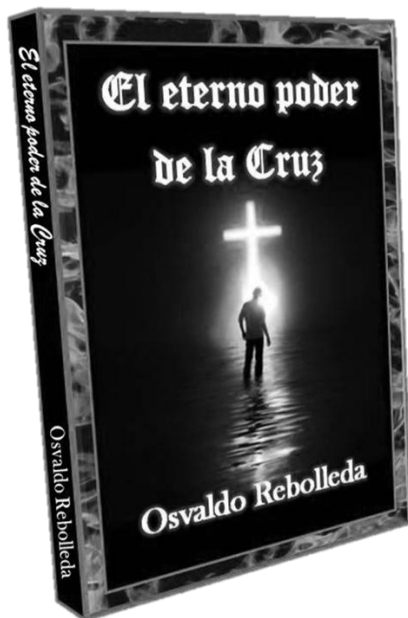
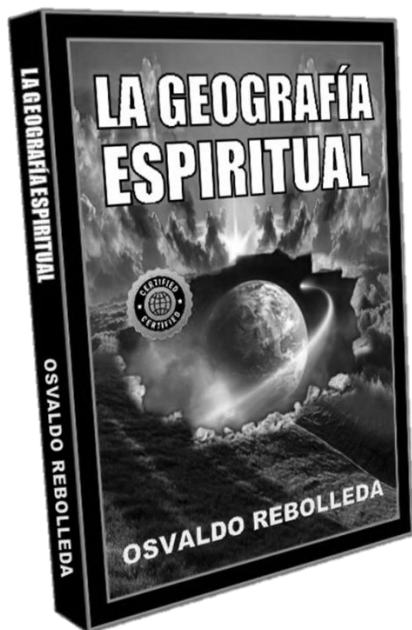


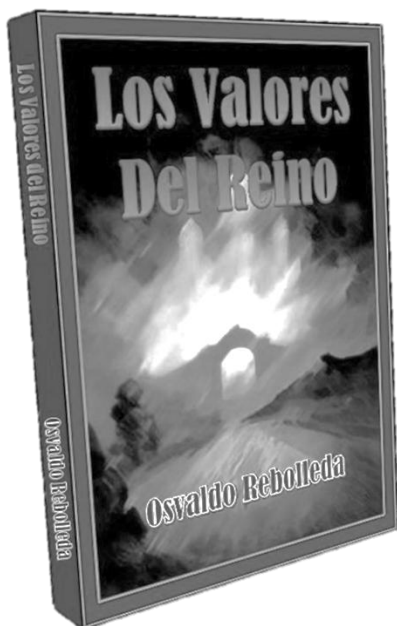
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

